

JOAQUIN A. ROMERO



Viajes de Vacaciones

MINISTERIO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
DIVISION DE MINISTROS

LIBRO DE LECTURA
PARA 3ER. GRADO

EDICIONES P. A. R.
BILLINGHURST 1703 - Bs. As.

JOAQUIN A. ROMERO

Profesor Normal y Doctor en Filosofia y Letras

30.607

O. R.
C. N. de E.

VIAJES DE VACACIONES

TEXTO DE LECTURA
PARA TERCER GRADO



Ilustraciones de **Premiani**



Ediciones P. A. R.
BILLINGHURST 1703 - Buenos Aires
1935

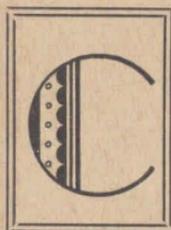
135X194



*Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510*

Sentido humano y didáctico de este libro

(De lectura indispensable para todos
los maestros que lo adopten).



ON “VIAJES DE VACACIONES” me propongo contribuir a la solución del magno problema de la lectura en nuestras escuelas primarias.

En materia de enseñanza del idioma, sufrimos los maestros de falta de orientación. En tanto que todos nos entendemos cuando se habla del camino a seguir en la enseñanza de las Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia o Geografía, muy pocos son los que tienen idea acabada de una metodología eficaz de la Composición o de la lectura. Parecería que el simple conocimiento de aquellas disciplinas proporcionara claras sugerencias metodológicas; la lectura o la composición, en cambio, parecen querer ocultar, cuidadosamente, el camino que lleva a su dominio, negándose a facilitar dato alguno que lo allane. Se impone, pues, un llamado a la reflexión del maestro.

Para cumplir con la función más eminente de la escuela, la función de educar, contribuyendo a formar hombres y mujeres de sentimientos nobles y fuertes y de espíritus amplios, ningún elemento

puede ser más útil al maestro que el libro de lectura.

No todos los docentes han comprendido aún la trascendencia de aquella misión. El llenar las cabezas con nociones, de cualquier orden que sean, es papel secundario; lo realmente trascendental, aquello que debe ser la preocupación constante del que enseña, es la formación de conciencias rectas, de corazones sanos, de pensamientos organizados para el razonamiento lógico, de espíritus lo suficientemente elásticos como para ser prácticos sin dejar de ser soñadores.

Repito que con este concepto de la escuela, ningún auxiliar puede ser tan útil al maestro como el buen libro de lectura.

¿Qué debe ser un buen texto de lectura para los niños?

¡Ojalá los grandes espíritus de la humanidad hubieran escrito para ellos! ¡Ojalá Goethe hubiera dado a los chicos lo mejor de su alma y de su cabeza!

Nuestros textos de lectura adolecen, en general, de defectos que me parecen graves. Suelen tener la preocupación de los programas correspondientes al grado a que se destina el libro, de suerte que se complacen en repetir nociones zoológicas o botánicas, olvidando su función primordial. Es lo corriente que estén escritos en tono de exposición objetiva que los hace fastidiosos para el niño y sin ningún provecho para su formación íntima. Los dibujos de tipos, por ejemplo, son descripciones frías en que no queda margen para el toque jovial o la pincelada

de sana emoción. Yo diría que el texto corriente de lectura es una cosa fuera de la vida del chico y que, por lo tanto, no puede interesarle.

Así, llegamos a que la lectura común de nuestros alumnos es una actividad mecánica; difícilmente se hace otra cosa que pasar los ojos por encima de las palabras. Pero eso no es leer ni, de tal manera, la lectura puede tocar el corazón del niño.

A mí no me ha interesado hacer de este libro un programa analítico ni una mala enciclopedia de conocimientos.

He intentado hacer una obra para el sentimiento y para la fantasía, materias estas al margen de todos los programas. He tratado de que, a través de sus páginas, surja un hálito de solidaridad humana, sentimiento hermoso, fructífero e inexcusable para elevar el índice de dignidad de la propia vida. Junto a él, formo en el niño una argentinidad viva, basada en el interés por el conocimiento de su tierra.

Que el niño se acostumbre a reverenciar la memoria de los grandes patriotas, como inspiración para no apartar sus ojos de la patria del porvenir, que él debe contribuir a engrandecer con sus manos o con su talento.

Frecuentemente, me dirijo a la fantasía infantil, no porque proporcione materia fantástica sino permitiendo sugerencias que favorezcan el vuelo del espíritu. Porque los maestros nos olvidamos muchas veces, de ese rincón de los sueños infantiles que debíamos cultivar y embellecer.

Mi intención ha sido, en fin, vitalizar el texto,

darle calor de humanidad, situarlo en la vida misma. Que la lectura sea un motivo de goce; que se haga hacia lo hondo, llenando las palabras recta y plenamente; que no se considere como la molesta lección de estudio diario obligatorio; que despierte el amor por todos los libros grandes y hermosos que se han escrito.

Por esto he buscado un tema de gran interés humano: el viaje. Creo que ningún otro podría atraer más a los niños, que son siempre, grandes ambiciosos de viajes y de aventuras.

El libro tiene que favorecer la lectura natural: de aquí la importancia del asunto y del tono. El tono de esta obrita es jovial y promisor. El chico debe reír, reír mucho y sanamente, y debe reír en su casa y en la escuela. El maestro que nunca ha reído con sus alumnos no ha estado jamás cerca de ellos, no los ha comprendido. La falta de risa espontánea en el escolar es el índice de lo que pudo dar y no dió por culpa de quienes no lo comprendieron; el no reír del niño es hostilidad en potencia y posibilidad de que se ciegue una de las fuentes más puras del espíritu.

Una observación más: he buscado el tono no definitivo que evite el molde fácil y la impresión de cosa terminada. La presentación problemática de algunas cuestiones tiende a enfrentar el espíritu con la duda; que divague, que yerre o que acierte; que trabaje; que busque el camino de las soluciones. Recordemos que la misión del hombre será eternamente perfectible; el camino no se acabará nunca.

Siempre he pensado que el libro infantil debía ser uno. Pocas veces he encontrado en ellos, otra unidad que la del autor o compilador. En éste, hay la doble unidad del niño y del asunto, que permite una fijación firme y segura. Sus lecturas no son descripciones sino "momentos" de jovialidad o de sentimiento; considérelos el maestro como esquemas para temas de conversación o de ejercitación con la seguridad de que sus frutos serán así, más evidentes. Dada la índole del texto, no he querido agregar ejercicios a las lecturas, que parecen ser de rigor en estos casos. El maestro encontrará en sus páginas abundante material para realizar provechosos ejercicios de idioma, en clases de conversación o de gramática.

Mi libro es para los niños, a quienes creo comprender y sentir, y mi mayor deseo sería, inspirándome en unas hermosas palabras de Ortega y Gasset, contribuir a que en los hombres maduros de mañana no veamos deslizarse por el fondo de sus ojos el niño inicial que se arrastra, todavía doliente, con un plomo en el ala.

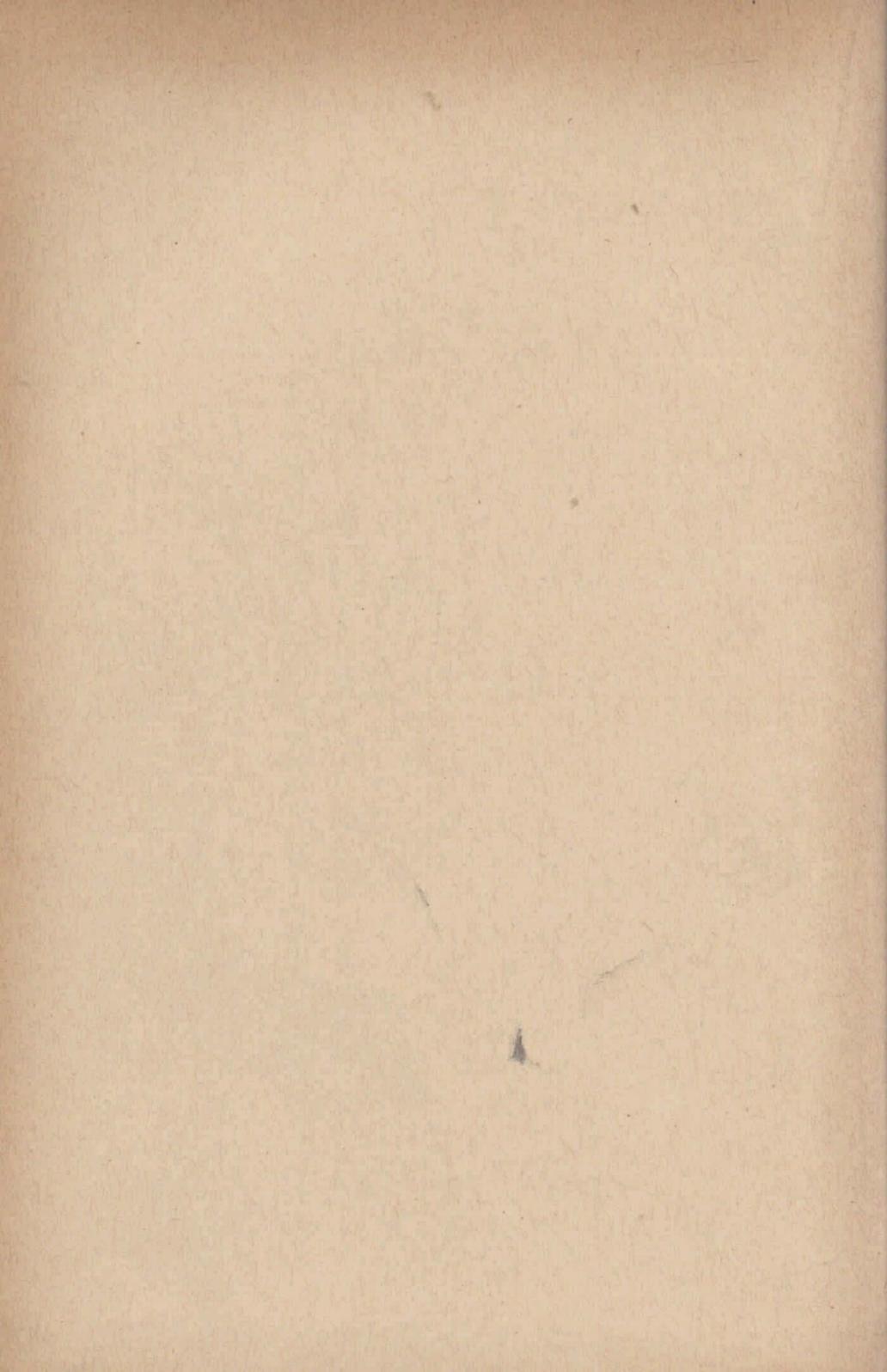
Con esta fe lo entrego a los maestros argentinos.

Joaquín A. Romero.

Buenos Aires, marzo de 1933

VIAJES
DE VACACIONES





Mar del Plata





1 - ¿Les gusta a Udes. la Geografía?

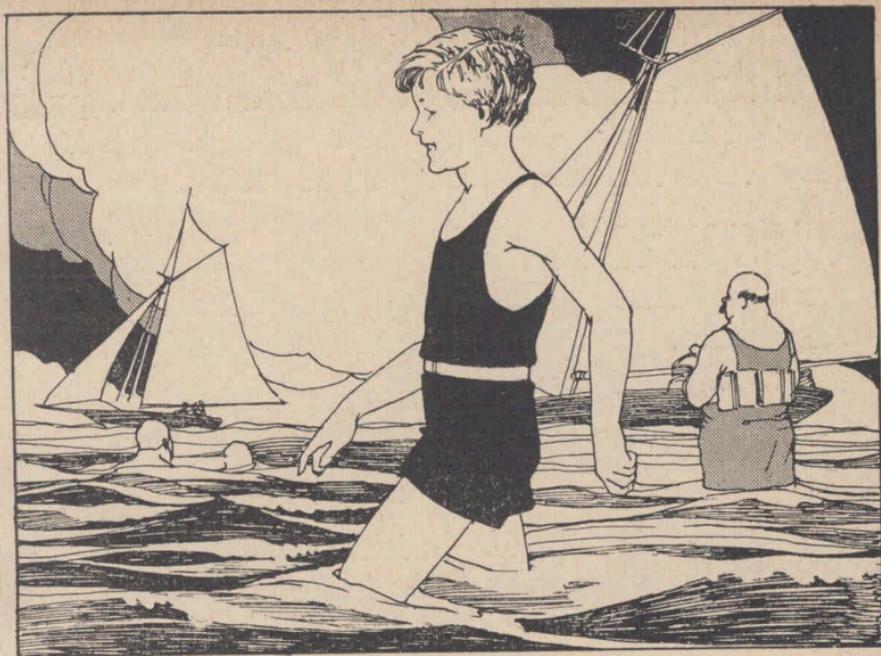


ESTAMOS preparando un viaje a Mar del Plata.

Papá nos ha comprado lindos trajes de baño para que nos bañemos en el mar. ¡El mar! Esta palabra me asusta un poco. ¿Cómo será el mar? Hasta ahora, yo conozco el que está representado en los mapas. En algunos libros he encontrado también vistas del mar. Pero ¿qué distinto debe ser el de veras!

¿Por qué los mapas no tendrán mares de agua y montañas de tierra? Más chiquitos que los otros, es claro. Con un mapa así, yo estudiaría Geografía, muchas horas seguidas. Udes. también ¿verdad? En cambio, les confieso a Udes. que la Geografía que estudiamos no me entra. Pero, cuidadito con decirle esto a mi papá. En Mar del Plata nos vamos a bañar todos los días. Los baños de mar hacen bien a la salud de las personas cuando se toman con moderación. No crean que esto se me ha ocurrido a mí; lo oí decir el otro día a un médico amigo de casa. Seguramente, él sabía que íbamos a salir para Mar del Plata.

Papá dijo no hace mucho que el mar, a veces, es tranquilo pero, en otras ocasiones, es violento y temible; eso es lo que me inquieta un poco. ¿No es cierto que el mar debe ser bueno conmigo y que no debe enfurecerse hasta que yo esté lejos de él?



2 - Mi uniforme de mar



Y

me he puesto varias veces mi traje de baño.

¿Ustedes saben lo que es un uniforme? Conocen los uniformes de los carteros, de los vigilantes, de los militares y algunos otros. El traje de baño es un uniforme para estar en el agua. Les conté que me puse varias veces mi traje de baño. Con él me metí en el agua ; en el agua de la bañera de mi casa! ¿Qué tiene esto de malo? Lo hice para ejercitarme. Ya sé lo que Udes. me van a decir: que el mar es más grande que la bañera. ¡Pero por algo se em-

pieza! Me siento orgulloso al decirles a Udes. que en la bañadera no he tenido miedo, ninguna clase de miedo. Es extraordinario ¿no es cierto?

Yo creo que la ropa de baño hace que el agua le tenga a uno respeto. ¿Por qué respetamos los chicos a los vigilantes? Por la ropa que llevan. ¿No han visto Udes. que cuando un chico se pone pantalones largos la gente lo mira de otra manera que antes? ¿Por qué? No es que él haya cambiado; es que han cambiado sus pantalones.

Pues estaba yo imponente con mi traje de baño, de pie en el centro de la bañadera, desafiando el bravísimo oleaje. Me sentía un viejo lobo de mar, es decir, un viejo lobo de bañadera. Miraba el agua con desprecio, como diciéndole: ¿A que no te atreves a hacerme el menor daño? ¡Ah! ¡Qué bien dominaría yo al mar si el mar fuese una bañadera!



3 - Sol que se vende y que se compra



EL otro día estaba en casa un señor amigo de papá que ha viajado mucho. Recuerdo que una de las cosas que dijo ese señor fué que en una playa lejana, no sé de dónde, venden el sol. ¡Qué cosa tan rara!, dirán ustedes. Yo también lo dije pero sepan que no miento. Dice nuestro amigo que en esa playa uno puede caminar por donde quiera, pero si hay sol tiene que dejarse el sombrero puesto. Si se quita el sombrero, se acerca un hombre para cobrarle cincuenta centavos, porque vale cincuenta centavos que el sol le caliente a uno la cabeza.

El no habló de pesos ni de centavos porque en ese país, que no sé cómo se llama, hay otra moneda, pero yo trato de hablarles de manera que Udes. me entiendan.

Si uno se tiende en la arena para que el sol le quemé un poco la espalda, viene otro hombre que le cobra un peso y cincuenta. Todo esto es raro, sí, pero ¡hay tantas cosas extrañas en el mundo! Ya ven Udes. Nunca se les ocurrió que el sol fuera tan buen comerciante y que cobrara tan caro. ¡Qué bueno es el sol de mi tierra que es tan luminoso y no cuesta nada!



4 - Cómo se llena una valija



Yo me distraigo mucho cuando preparo mis cosas para viajar. Es decir, cuando mi mamá me deja que las prepare; tengo que confesarles a ustedes que casi nunca me deja.

Llenar una valija es la cosa más sencilla del mundo. Por si Udes. no lo saben, yo les voy a decir cómo se hace. En el fondo se pone una cosa muy importante: los libros de cuentos. Si uno está muy aburrido y no puede salir porque llueve o porque papá está enojado, se pone a leer. Encima de los libros se pone el yo-yo y la pelota; estas dos cosas son también muy importantes. En un rinconcito se acomoda el traje de baño si vamos a ir al mar, y si no, se pone la caja de bolitas. Cuando la valija es chica se llena con esto pero si sobra un espacio pondremos el balero.

Mi hermanita es tan curiosa que está leyendo por encima de mi hombro esto que estoy escribiendo.

¿Por qué se ríe esta chica? Yo me enojo. ¿Te parece mal lo que digo? Ella me contesta que me he olvidado de lo principal que es la ropa. Es verdad. A mí también me parecía que había olvidado algo. Ahora comprendo por qué mamá no me deja preparar las valijas. Pero contéstenme Udes. a esta pregunta: ¿Qué les parece más importante: la ropa o el balero, la pelota y las bolitas?



5 - ¿Cómo será Mar del Plata?



MIENTRAS viajamos a Mar del Plata, papá me cuenta algo de esta ciudad. Él ya la conoce y dice que en verano acude allí mucha gente, no sólo de Buenos Aires, sino también de otras poblaciones. Esa gente pasa un verano fresco y se baña en el mar. En el mes de abril solamente quedan en Mar del Plata las personas que viven allí todo el año. Pero entonces ¿es una ciudad como las otras?

—Claro, contesta papá.

Yo creí que era un lugar donde se va a estar fresco y a bañarse y que cuando hace frío no queda allí más que el mar, solito y triste. Ya he aprendido una cosa más. Por eso me gusta mi papá; primero, porque es mi papá; segundo, porque me enseña muchas cosas.

¿Será triste Mar del Plata en invierno? Antes creía que sí pero ahora, sabiendo que siempre hay gente allí, no me lo parece tanto. Porque a mí me gusta el frío: yo lo prefiero al calor. Sería divertido vivir en una tierra muy fría para hacer muñecos de nieve y para patinar sobre el hielo, bien abrigadito.

¿Estará otra vez mi hermanita mirando lo que escribo? Que lo mire si quiere, pero que no se ría; porque no me hace gracia que alguien se ría de lo que yo hago. ¡No me gusta!



6 - Hoy hace frío en Mar del Plata



Hoy hace frío. Mamá ha tenido que sacar de las valijas la ropa de invierno. ¡Qué delicioso es tener una mamá tan buena como la mía! Aunque yo estoy convencido de que todas las mamás son buenas y cariñosas con sus hijos.

Algunas veces, hago rabiar a la mía pero es sin querer y me arrepiento en seguida.

Yo no soy un santito pero tampoco un chico demasiado malo. Recuerdo que una vez hice llorar a mi mamita con una travesura muy fea; cuando me acosté aquella noche, lloré mucho más que ella y me juré no volver a hacerla sufrir.

Hemos tenido que vestirnos de abrigo. Me pongo una camiseta gruesa y un pull-over. Veán Udes. cómo las señoras mamás piensan en todo. Si me hubieran dejado preparar el equipaje a mí solo, estaría pasando frío ahora. Porque ni el balero ni la pelota sirven para abrigarnos.

¡Frío en diciembre! Sí, señor, frío en diciembre. Los chicos de Buenos Aires no se asombrarán de esto porque allí, algunos días de diciembre o de enero, dan ganas de ponerse el sobretodo. Espero que pronto mejorará el tiempo y me podré bañar. Si siguen así los días no podré usar mi traje de baño.

Estoy estornudando, ¿me oyen Udes.? Una, dos, tres veces. ¡Qué fastidio estar resfriado!



7 - Miro el mar



NUESTRO hotel está tan cerca del mar que podría decirles a ustedes que el agua lo acaricia.

Muy poca gente se ve hoy paseando por la playa. Desde la ventana de nuestra habitación miro el mar. ¡Qué fría debe estar el agua! Hoy no dan deseos de meterse en ella.

El mar es enorme y su color es verde azulado; pero si tomo con la mano un poquito de esa agua, la veo incolora. ¿Por qué será esto? Querría ser grande de pronto para saber muchas cosas que ahora no comprendo.

Las olas que veo levantarse son pequeñas y me parece que no me harían daño si me golpearan. ¿Cómo será el mar enfurecido? Me gustaría verlo de lejos.

No crean Udes. que es aburrido mirar el mar; a mí me parece muy divertido cuando no tengo otra cosa que hacer. Ahora veo olas más altas que las de antes: las sigo con los ojos hasta que la columna de agua se deshace en la arena. Es un juego bonito. Hará esto el mar para no aburrirse.

Las montañas son semejantes a señoras muy juiciosas; se están quietecitas sin asustar a nadie con movimientos bruscos. Pero el mar es como un chico juguetón y ruidoso que no puede estar quieto y que, a veces, hace daño con sus diabluras.



8 - El bañero



EL bañero es un hombre que merece ser conocido. Llama la atención su piel curtida, quemada por el sol. Es un amigo del mar. Amigos del mar son también los marineros. Pero ¿el agua tiene amigos? — me dirán ustedes. Claro que sí. Los navegantes, los pescadores, los nadadores saben cómo se debe tratar al mar; pero eso éste deja que crucen sus aguas muchas veces. Pero cuando se pone nervioso es enemigo de todo el mundo y nadie puede dominarlo.

El bañero es un hombre fuerte. Yo lo he visto con el pantalón recogido a la altura de la rodilla, sujetando con sus robustos brazos a las personas que no se atreven a resistir el empuje de las olas. El bañero no deja que la gente vaya mar adentro porque está prohibido: sería peligroso.

Es interesante ver cómo el bañero recibe la ola. Parece que al acercarse, le dijera alguna cosa; la recibe sonriendo y ni se mueve siquiera.

Estos hombres son valientes y con frecuencia tienen que socorrer a bañistas en peligro.

Si mañana hace tiempo caluroso, me meteré en el mar por primera vez; por hoy me contento con jugar en la arena.

Oigo que un chiquito llora porque no quiere que lo metan en el agua. ¡Qué vergüenza si mañana llorara yo también! Pero no lloraré.

Dice mi papá que si mañana me asusto me obligará a tomar la leche en mamadera.



9 - Mi primer baño



No lloré, señores, no lloré. Seguiré tomando la leche en taza como hacen todas las personas serias.

Cuando me puse mi traje de baño me sentí más almirante que Nelson. Mi papá me contó una vez las hazañas de este señor Nelson, que fué un gran marino. Al acercarme al agua ya no me sentí tan almirante como cuando salí de casa, pero me apreté el susto dentro del cuerpo para que no saliera a los ojos y papá lo viera. Ustedes me entienden. Felizmente, un fuerte bañero se adelantó a darme la mano. La otra mano se la dí a papá que también sujetaba a la nena. Creo que el bañero estaba adivinando el miedo que yo tenía.

—¿Está asustado?—me preguntó.

—¿De qué voy a estar asustado?

—Es valiente este chico — dijo el bañero sonriéndose.

Me sentí tan orgulloso que el traje de baño empezó a quedarme chico. Una ola chocó contra mi cuerpo y yo dí un pequeño grito. Nadie me dijo nada, seguramente porque no lo oyeron. El agua me salpicó la cara, haciéndome cosquillas. Me dijo el bañero que diera la espalda al mar para que el agua no golpera mi cara.

Se bañaba mucha gente ; algunos gritaban y reían fuerte.

Nunca creí que el agua tuviera tanta fuerza. ¡Qué sufrimientos tan grandes serán los que pase un pobre náufrago en medio del mar!





10 - Sandwiches y empanadas



DE pronto, dijo mi papá: —Vamos; basta por hoy. Salimos del agua. Como lucía un hermoso sol, nos tendimos en la arena para secarnos y descansar.

Un baño de mar trae siempre cola: esta cola es el hambre que se despierta en cuanto uno sale del agua. Felizmente, pasan vendedores de empanadas y de sandwiches. Nunca en mi vida he comido una empanada tan rica como el día de mi primer baño. Solamente tenía un defecto ; que era muy chica para el hambre que yo tenía!

Todos saboreaban empanadas y creo que les parecían tan ricas como a mí.

Nos quedamos un rato largo en la arena. Tres chicos que viven en el mismo hotel que nosotros se acercaron para jugar conmigo.

Como teníamos baldes y palas, nos pusimos a jugar.

Estos chicos tienen que volver pronto a Buenos Aires. ¡Qué lástima, ahora que podía jugar con ellos todos los días!

Papá me llamó para decirme que era hora de irse. Abandoné con pena a mis amiguitos pero tenía que quitarme las ropas de almirante para ir a almorzar.

Picaba bastante el sol.



11 - Nochebuena en Mar del Plata



Es Nochebuena. Esta fiesta es para mí una de las más simpáticas del año; les voy a decir por qué. Hay fiestas en que los chicos no tienen nada que hacer, nada que preparar. ¡Y a mí me gustan tanto los preparativos! Casi me gustan más los preparativos que lo que viene después. En Nochebuena los niños tenemos mucho que hacer y eso es delicioso. Los grandes nos necesitan más que nunca porque ¿quieren decirme ustedes para qué sirve un arbolito de Navidad si no hay niños? Estoy encantando viendo que en este día nosotros somos lo más importante.

Una vez soñé que vivía en un país donde todas las personas eran niños, y todos los árboles, arbolitos de Navidad llenos de juguetes y de golosinas. Si en ese país hubieran vivido también mi papá y mi mamá, resultaría la tierra más hermosa del mundo de los sueños. Estoy charlando mucho y tengo que hacer; me están llamando para que ayude a terminar de engalanar este pino pequeñito que han puesto en el gran comedor del hotel. Ya ven Udes.: no pueden pasar sin mí. Mi mamá me ha estado hablando hoy de los niños pobres y me ha entristecido un poco pintándome una Nochebuena sin caramelos ni juguetes. Le voy a decir a papá que regalemos algu-

nos juguetes a chicos pobres. ¡Qué lindo poder poner contento a uno de esos niños tristes que nunca han jugado, que nunca han sido felices!

Siempre tendré presentes las palabras de papá; él dice que en todas mis grandes alegrías me acuerde de los desgraciados, de los que sufren pero, sobre todo, de los niños que no ríen nunca.





12 - Está lloviendo y me cuentan lindas historias



ESTÁ lloviendo. Papá se vió obligado a salir por un momento. Vuelve diciendo que sopla un fuerte viento y que el agua de la lluvia azota furiosamente a los pocos transeuntes que se ven por las calles de la ciudad.

Como no se puede salir, mamá nos cuenta algunas cosas referentes a la historia de nuestra patria. Una de estas narraciones, que me ha interesado vivamente, dice así:

“La Madrid había andado todo un día por la seca y ardiente tierra riojana y se hallaba postrado por la fatiga.

Mansa y sosegadamente, se presentó en el cuartel general una viejecita de buena apariencia, a quien hacían simpática el bien dispuesto traje y una amable y bondadosa fisonomía. Manifestó que habiendo sabido la llegada de tropas, deseaba conocer al jefe y ofrecerle sus servicios por si podía serle útil en algo.

Llevada a la presencia del general, saludóle amablemente y repitió su generosa oferta. La Madrid, después de agradecerla, le dijo que le quedaría su-

mamente agradecido si le procuraba un poco de agua tibia para bañar sus doloridos pies.

Con tanto interés como diligencia, buscó y preparó la amable anciana el agua pedida, siendo ella misma quien lavó los pies del general. El empeño manifiesto de la buena mujer para ser útil y agradable a los expedicionarios conquistó el corazón de todos, jefes y soldados, atraídos por tanta bondad como mansedumbre. Al emprender de nuevo la marcha, preguntóle La Madrid cuáles eran su nombre y procedencia. Entonces, contestó con acento a la vez dulce y entristecido: Tuve un hijo que guerreó mucho y su recuerdo me hace mirar con simpatía a todos los soldados. ¡Soy la madre del general Quiroga!”. (1).

(1) Esta narración pertenece al libro *Anecdotario Argentino*, del Prof. José María Aubín, que se titula “La madre de Quiroga”.



13 - El mar con cara de pocos amigos



MAR del Plata está soportando una terrible tempestad. El mar está furioso y yo por nada del mundo abandonaré este puesto desde donde puedo observarlo todo sin peligro. Olas enormes se levantan y se arrojan furiosamente contra las casillas y contra cualquier obstáculo que encuentren a su paso, amenazando destrozarlo todo. El agua ha invadido la arena donde aún ayer se paseaba la gente. Muchas casas de madera,

edificadas cerca del agua, se ven en peligro de convertirse en ruinas porque la fuerza del oleaje es terrible. Nunca creí que la violencia de las aguas fuera tan imponente. Será imposible que pueda comprender bien esto alguien que no lo haya visto.

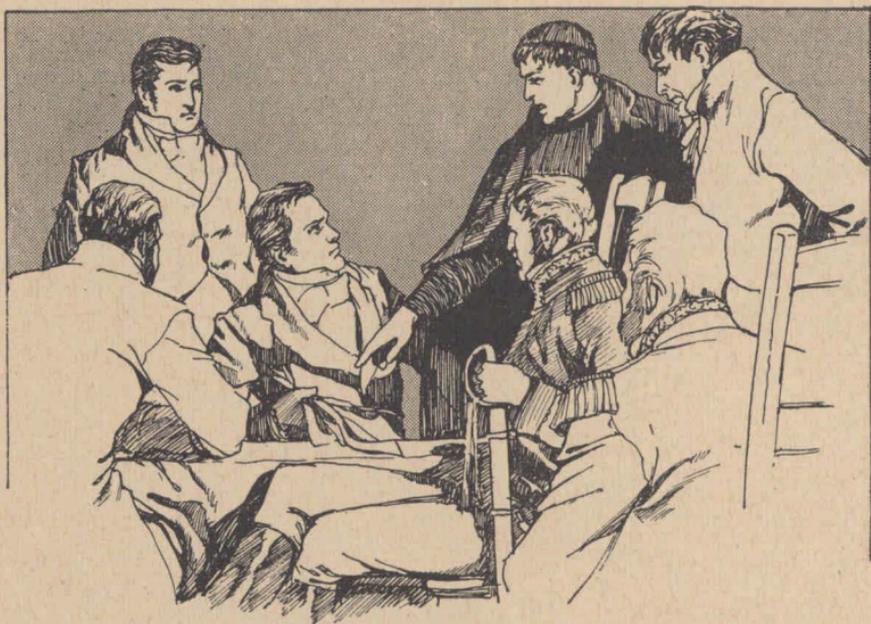
Nosotros estamos resguardados y seguros, pero ¿y las embarcaciones que estén en alta mar? ¿Cómo sortearán un peligro tan espantoso? ¿Qué será de un barco en medio de la furia del mar?

Los barcos grandes podrán defenderse bien, tal vez, pero las embarcaciones pequeñas, esas barquitas diminutas que se zarandean de un lado para otro cuando están amarradas en puerto seguro ¿podrán defenderse? ¿Qué harán esas pobres cascaritas de nuez contra las olas violentas?

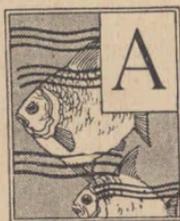
¿Tiene amigos hoy el mar? Verá enemigos en los hombres y en los barcos y en las casas que bordean la playa. No tiene más amigos que el viento y esa otra agua que está lloviendo del cielo. Tanta, tanta agua que ella también podría formar un mar.

¿Será que el mar está furioso contra los hombres que navegan por él, contra los hombres que lo desafían nadando sobre sus aguas y contra los que pescan y contra los que intentan arrancar los tesoros que guarda en su seno?

Yo no lo sé, pero ojalá que el de hoy no sea un día de luto para las familias de marinos y de pescadores.



14 - Encontramos un cuadro que nos recuerda una página gloriosa de nuestra historia



PROVECHANDO esta hermosa tarde de sol, salimos a dar un paseo por la Rambla. Hay tanta gente paseando como la que suele encontrarse en las lindas tardes de Florida o de la Avenida de Mayo.

Por momentos, apenas se puede dar un paso. A mí no me gustan mucho las aglomeraciones. De toda esta gente sobra, por lo menos, la mitad. Me agrada

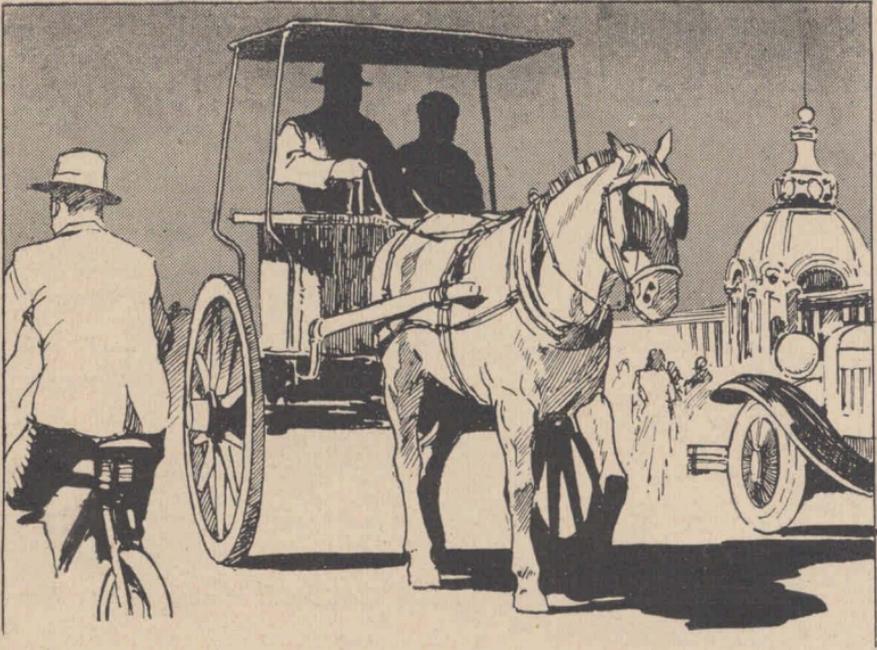
da caminar con comodidad sin que me empujen ni me aprieten.

En la Rambla se ven negocios lujosos; muchos de ellos, están abiertos solamente en verano y son sucursales de casas de Buenos Aires.

Marcho distraído. Papá me lleva a contemplar un gran cuadro expuesto en una amplia vidriera. Puedo observar en el cuadro las figuras de algunos de nuestros próceres; son los hombres que formaron el primer gobierno patrio. En el centro, Saavedra que tiene a su lado a los secretarios de la Junta, Moreno y Paso.

A los costados, arriba y abajo, están distribuídos los demás miembros de aquel gobierno: Castelli, Azcuénaga, Alberti, Belgrano, Larrea, Matheu.

—Recuerda siempre estos nombre — dice mi padre — no para que te llenes la boca con ellos sino para que cuando seas mayor conozcas la vida trabajosa que sufrieron y te inspires en la obra útil que realizaron.



15 - Canastitas de paseo



AYER paseamos en una canasta. ¿No me creen ustedes? Pues estoy diciendo la verdad. Es una cestita sobre dos ruedas, tirada por un caballito manso que conoce muy bien el camino.

Papá me dejó ser el cochero de la cestita; es muy fácil. Hicimos el viaje con toda comodidad.

Antes estos cochecitos eran numerosos pero ahora parece que se van acabando. ¿Será porque se gastan las cestas con tanto uso?

Se lo pregunto a papá. El me dice que mucha gente prefiere viajar en los ómnibus y que éstos se han difundido extraordinariamente en Mar del Plata en los últimos tiempos.

Viajamos a Cabo Corrientes, un lugar muy pintoresco. Se ven allí grupos de rocas a las que puede treparse con facilidad. Hicimos un rato de ejercicio, con la ilusión de que subíamos al Aconcagua. Algo parecido dijo papá, explicándome que el Aconcagua es un pico altísimo de la Cordillera de los Andes.

Desde lo alto de las rocas, contemplamos el mar. Ya lo he mirado muchas veces y ahora me parece menos temible. Me he acostumbrado a su ruido que las primeras noches no me dejó dormir y soy feliz cuando me sumerjo en sus aguas, en las mañanas templadas. ¿Será esto un aviso de que debo ser marino? No, yo no quiero ser marino como el señor Nelson porque pienso en el miedo que sentí el día de la tempestad.



16 - Gente que se divierte pescando



EN el muelle observamos a muchos hombres pescando. Debe ser divertido pasarse una tarde pescando. Que no me digan a mí que es divertida una cosa en la que el que se divierte no tiene nada que hacer. Porque ¿hacen algo aquí estos señores todo el día? Meten una caña en el agua y de vez en cuando, sacan un pobre pescadito. Si yo pudiera, tomaría todos esos animalitos y los arrojaría de nuevo al mar. ¿Se imaginan ustedes la furia de los que pescan si yo hiciera eso? A lo mejor, me tiran al agua a mí y me dan un disgusto, porque ustedes comprenderán que no es cuestión de que me estropeen mi traje nuevo. Además, ya saben que sin el traje de baño no quiero bromas con el agua.

Vemos el regreso de algunas barquitas de pescadores. Habrá sido duro el trabajo porque traen bastante pesca. El pescado fresco se consume en la ciudad y se manda a otras partes. Me explica papá que también se conserva y se envasa. Dice que hay establecimientos argentinos que se dedican a eso. Envasado convenientemente, el pescado dura mucho más.

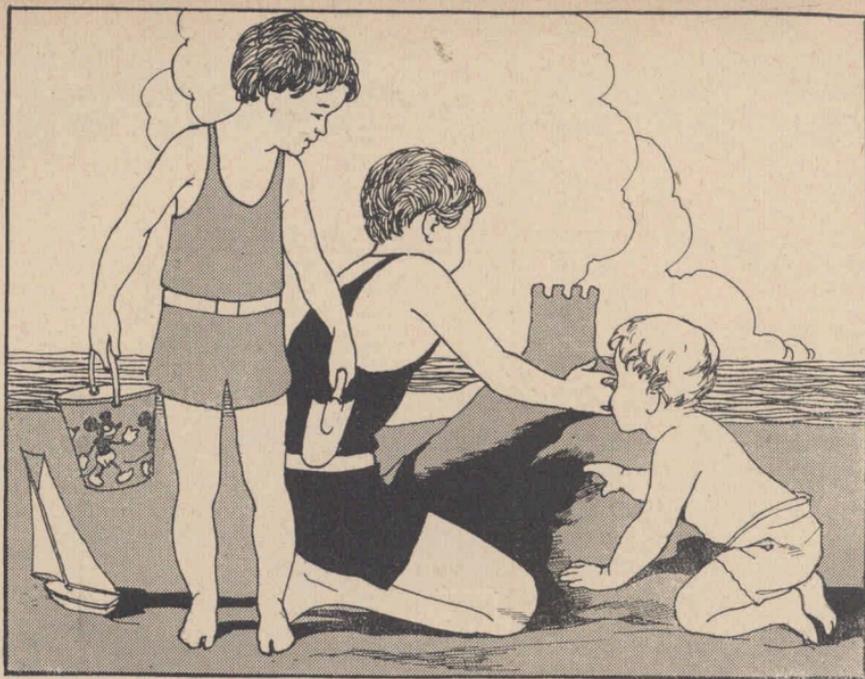


17 - ¿Quieren Udes. ser marinos?



UNO de nuestros últimos paseos en Mar del Plata fué al puerto. Había llegado un barco de otra nación y queríamos verlo. Me enteré que en ese barco viajan los muchachos de aquel país que quieren ser marinos. En la República Argentina también tenemos una linda fragata que ha recorrido todos los mares del mundo y que cada año lleva a su bordo a muchos argentinos. Son los muchachos que siguen la carrera del mar. Lo que me gusta de esta carrera es que se conocen cosas nuevas, se visitan naciones poco conocidas y se oye hablar raros idiomas.

Si no hubiera olas ni naufragios ni tempestades en alta mar, yo sería marino. Pero ya saben que no quiero serlo. Me conformo con ser almirante en broma, con tomar baños de mar en días templados y con ver los terribles oleajes desde la segura ventana de mi habitación.



18 - Al borde del agua

Hagamos castillos al borde del agua.
con la arena fina, con la arena blanda.
Hagamos castillos al borde del agua
con la arena fina, con la arena blanda.
Ya los deshicieron las olas ¡qué malas!
Corramos tras ellas para castigarlas.
¡Qué lejos se han ido! Ya ¡quién las alcanza?
Parece que vuelan con alas muy blancas.
Con la arena fina, con la arena blanda
hagamos castillos de nuevo en la playa,
y cuando la obra ya esté terminada
cantemos, bailemos al borde del agua.
¡Cantemos, bailemos al borde del agua!

M. Celina Barros y Arana.

Córdoba





1 - El trabajo de tender una cama



EN el viaje a Córdoba, tuve la suerte de encontrar un camarero que me distrajo con su charla durante un buen rato: ¿Les gusta a ustedes conversar? A mí me agrada mucho cuando con la conversación me entero de cosas que antes no conocía.

El camarero es el encargado del coche dormitorio; él tiende las camas por la noche y las levanta por la mañana. Yo tardaría, por lo menos, hora y media para tender una cama y, como soy algo distraído, es seguro que pondría las sábanas encima de las frazadas o cometería algún otro disparate parecido. Por eso admiro a este camarero que realiza su trabajo tan bien y con tanta rapidez. Hablo con él y me cuenta que hace ya quince años que está empleado en el ferrocarril. Miren qué lindo problema para resolver: “¿Cuántas camas habrá tendido un camarero de ferrocarril en quince años de trabajo?” Sin duda, muchísimas y por eso lo hace con suma seguridad.

Yo no envidio la vida de este hombre. Es verdad que viaja siempre pero tiene la obligación de hacer un trabajo que a mí me parece desagradable.

En el extremo del vagón hay un armario en el cual guarda el camarero la ropa de cama.

No crean Udes. que este empleado tiene poco que hacer. En todos los dormitorios hay un timbre con el que lo llaman los pasajeros que necesitan algo. ¡Y algunos viajeros tocan el timbre a cada instante! Porque hay personas que siempre fastidian pidiendo algo.



2 - Tengo un nuevo amigo que probablemente no veré nunca más



COMO todavía es temprano para ir a dormir, me sitúo en la puerta de nuestro dormitorio. Por el corredor del vagón pasan algunos pasajeros. ¿Adónde irán? Recuerdo que papá me tiene prohibido que pase a otro vagón.

Veo al camarero allá, en el fondo y me acerco dispuesto a charlar con él. Pero no sé qué decirle.

Como hace calor y tengo sed, le pido un vaso de agua fresca. Va a buscarla y tarda un rato porque tiene que ir al coche comedor.

—¿Adónde va esta gente que pasa por aquí?— le pregunto.

—¿Adónde va? Algunos, al comedor; otros, a su dormitorio y hay unos cuantos que salen para estirar las piernas, aburridos de estar sentados y quietos.

—¿Ud. no se acuesta?

—No, tengo que estar despierto toda la noche por si me necesita algún pasajero.

—¿Y no se aburre?

—Estoy acostumbrado.

—¿Y cuándo duerme?

Me mira como diciendo: —“¿Qué chico tan pre-

guntón!” Pero todos los niños somos preguntones; no hay de qué asombrarse.

—Duermo de día. Esta noche viajo a Córdoba, mañana duermo allí, y por la noche vuelvo a Buenos Aires.

—¡Qué lindo!— digo yo, sin acordarme de las camas.

—No es feo; podía ser peor. — me contesta él.

Suena un timbre. El camarero acude a un dormitorio. Es una señora, que, a pesar del calor que hace, le pide dos frazadas más porque tiene un frío terrible.



3 - Un sueño que empieza muy bien pero que no acaba tan bien



PAPÁ me llama para que me acueste. Tengo sueño y me parece que voy a dormir muy bien. Pero no es así. Tardo mucho tiempo en dormirme.

El tren se detiene un rato; debe ser una estación solitaria en medio del campo porque no se oye nada. Nos ponemos de nuevo en marcha con un brusco tirón que no me hace gracia.

¿Por qué no me dormiré?

Me acuerdo del camarero que duerme de día. Por el corredor pasa un hombre que marcha con rapidez y pisando fuerte.

Creo oír una voz de mujer que pide más y más frazadas. ¿Estaré despierto o estaré soñando? Debo estar soñando porque la voz aquella sigue pidiendo frazadas.

Veó una cara extraña, desconocida, de ojillos luminosos y de sonrisa agradable que está como grabada en su boca.

—Soy — me dice, un geniecito que acaba de escaparme de un libro de cuentos de niños. Como sé que tienes verdadera afición por los viajes, te voy a proporcionar la gran alegría de tu vida. Desde hoy, viajarás con papá, mamá y la nena por los más

bellos países de la tierra. ¿Estás contento? Espero que sí. A mí se me hace agua la boca. — Gracias, señor — digo emocionado. De repente, el geniecito frunce el ceño, se quita la sonrisa de la boca, porque parece que era postiza, y me dice estas palabras terribles:—¡Pero tendrás que tender una cama cada diez minutos!



4 - ¿ Cuántos alfajores se comería Ud. ?



EN Córdoba, nos instalamos en un hotel. No es de los más lujosos, felizmente; digo felizmente porque he oído decir que en los hoteles lujosos obligan a los chicos a comer con guantes blancos. Yo creo que esto no es verdad; me deben haber engañado.

Hay aquí, en Córdoba, edificios modernos y amplios destinados a hoteles; por ejemplo, el Brístol y el Plaza.

La casa en donde venimos a parar es vieja. Tiene una espaciosa puerta en la entrada, y, después del zaguán, una cancela de hierro desde donde se divisa el gran patio. En el centro de éste hay una fuente. Veo un chorro de agua que surge de ella y ya no me parece tan viejo ni tan feo el caserón.

Las habitaciones bajas forman un cuadro rodeando el patio; en él se dispone el comedor en estos días y noches de calor. Por la mañana, salimos a pasear un ratito y recorreremos las calles del centro. De este paseo, sólo recuerdo una cosa que les va a gustar. En la calle Nueve de Julio entramos en una confitería y probamos los alfajores cordobeses. Lo que les puedo decir es que esos alfajores son tan tiernos, tan frescos y tan sabrosos que si fuéramos por allí unos cuantos de nosotros, tendrían que cerrar el negocio. Yo creo que nos comeríamos hasta los mostradores, pensando que también son de dulce.



5 - Repican cien mil campanas



Hoy es domingo. Oigo el repicar de muchas campanas. En Buenos Aires, muy pocas veces he oído esa música; es un sonido alegre. ¿Quién hará sonar las campanas de las iglesias? ¿Por qué las hará sonar? Nunca he pensado en esto.

Salimos. Conozco la plaza San Martín. La mañana no está calurosa; bastante gente circula por las calles de la ciudad. Frente a la plaza veo la Catedral; hombres, mujeres y niños entran en la iglesia. Seguimos marchando.

Siento curiosidad por conocer el nombre de la calle por donde vamos; miro un letrero que dice "Obispo Trejo".

No hemos caminado demasiado pero ya hemos pasado frente a cinco iglesias.

Muchas casas me parecen hermanas del edificio de nuestro hotel: la misma puerta de entrada, el mismo patio, la misma fuente.

Los cafés y confiterías se ven repletos de personas.

—Papá ¿hay aquí Jardín Zoológico?

—Sí; uno que te va a gustar, por cierto; iremos esta tarde o mañana.

Una iglesia más. ¡Córdoba, ciudad de iglesias! ¡Ahora comprendo el alegre repicar de tus campanas!

Vemos una librería. Papá me compra un hermoso libro de poesías y cuentos.



6 - El Zoológico cordobés



DESPUÉS de un paseo por el hermoso parque Sarmiento, hacemos una visita al Jardín Zoológico. Es más pequeño que el de Buenos Aires y tiene menos animales, pero es muy bonito.

Para entrar, bajamos una escalera de piedra de modo que tenemos la impresión de estar en un pozo. Hay numerosos caminitos en pendiente y las jaulas de unos animales están más altas que las de otros. El aspecto del lugar no puede ser más pintoresco.

Veo escasos visitantes. Papá me cuenta que hace poco leyó en Buenos Aires que se había escapado de su jaula, en el Jardín Zoológico de Córdoba, un león o un tigre — no recuerdo bien. El animal no hizo daño porque fué reducido pronto por los guardianes. Si yo fuese león o tigre o cualquier otra fiera ¡me daría una rabia de que me metieran en la jaula! Debe ser triste vivir encerrado ¡no es cierto?

Nos sentamos un momento:

— ¡Qué te gusta más: este Jardín Zoológico o el de Buenos Aires? — Los dos son lindos, digo yo, pero el de Buenos Aires me gustaría más si no hubieran quitado el trencito.

Cuando salimos, pasamos frente a los leones. ¡Con qué ojos terribles me mira uno de ellos! Yo no

le he hecho nada para que me mire así. Estos animales me parecen muy interesantes en los libros de aventuras, en las láminas y en los Zoológicos. ¡Pero yo no me pondría frente a uno de ellos en libertad ni aunque me ofrecieran cien docenas de alfajores cordobeses!



7 - Recordamos la casa histórica de Tucumán



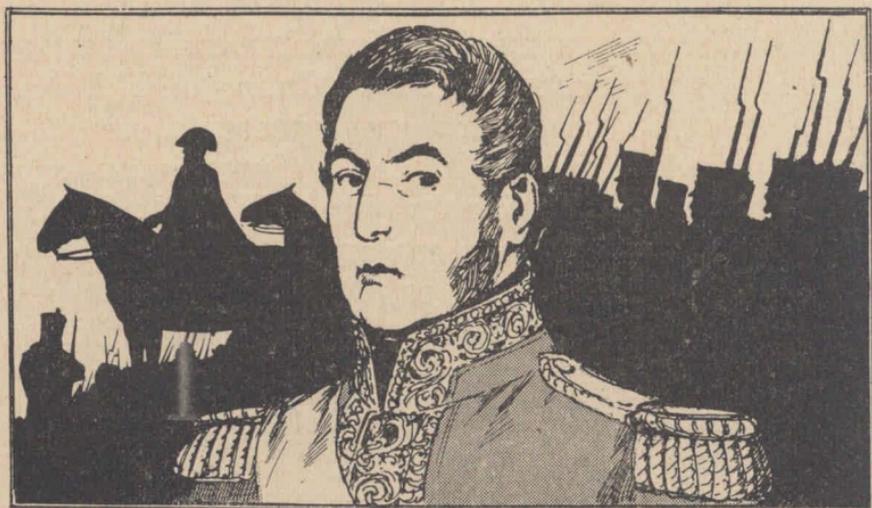
HEMOS encontrado en Córdoba a un señor amigo de papá. Esta noche cena con nosotros. Es tucumano y tan enamorado de su tierra que no pasa mucho tiempo sin que hable de ella.

Me entusiasma la conversación. Desearía conocer Tucumán: los ingenios, los campos, los pueblos. ¡Algún día iré allá, estoy seguro! Tucumán es una ciu-

dad histórica. Nos cuenta nuestro amigo que se conserva allí, cuidadosamente, la humilde casita donde se juró la independencia el 9 de Julio de 1816. En mi escuela hay un cuadro que representa ese momento. Se ve en primer lugar, la figura inconfundible del patriota sanjuanino Fray Justo de Santa María de Oro. A un lado está la mesa, tras la cual el Presidente de la Asamblea, D. Francisco Narciso de Laprida, toma el juramento a los diputados. Parece que todos estuvieran diciendo: ¡Sí, juro! mientras levantan el brazo para dar más fuerza a su juramento.

—¿Cuándo vas a ir allá? — pregunta a papá el visitante.

—Lo más pronto que pueda. Quiero conocer bien aquel rincón de la República lleno de encantos, como tú dices.



8 - ¿Para qué sirve la Gloria?



NUESTRO amigo tucumano me ha hecho recordar mi libro de cosas de la patria; lo he traído, felizmente. Voy a copiar para ustedes una de sus hermosas narraciones:

“Cierta día, estaba hablando el general San Martín con su hija doña Mercedes, Sarmiento, el señor Guerrico y otras personas, cuando se acercó a él, mohina y llorosa, su nietecita a quien amaba con delirio.

Haciendo graciosos pucheros, se quejaba de que le hubieran roto el vestido a su muñeca predilecta, a la que intentaba salvar del frío, envolviéndola en los pliegues de la capa de su viejo y glorioso abuelo.

Viendo que la niña no se consolaba y con el deseo de distraerla, San Martín se levantó, abrió su modesto ropero y entregó a la gentil niñita una medalla de la que pendían unas cintas ya descoloridas, diciéndole al dársela:

—Toma, mi hijita, ponle eso a tu muñeca para que se le pase el frío. Al poco rato, la señora de Balcarce recogió del suelo las cintas y la medalla, que la criatura, ya consolada, había dejado caer, leyendo esta inscripción: “Bailén. — 8 de julio de 1808”.

—Padre — dijo al general — ¿no se ha fijado Ud. en lo que dió a la niña? Es la cinta y condecoración que el gobierno de España acordó a Ud. por haber sido uno de los vencedores de los franceses en Bailén.

San Martín sonrió con melancólica tristeza, y exclamó dulcemente:

—¿Y qué? ¿Cuál es el valor de todas estas cintas y condecoraciones si no alcanzan a detener las lágrimas de un niño? (1).

(1) Esta página se llama “¿Para qué sirve la Gloria?” y pertenece al Anecdotario Argentino de José María Aubín.



9 - Los barrios lejanos



TOMAMOS un tranvía para conocer los alrededores de la ciudad. Como las distancias son cortas, llegamos pronto. Aquí llegamos pronto a cualquier parte, no sólo porque la población no es muy grande, sino también porque en las calles, casi nunca es intenso el tráfico. En Buenos Aires, no es raro el viaje de tranvía que dura más de una hora; y si hay que viajar de pie por estar todos los asientos ocupados, entonces la hora parecen dos o tres. Claro que peor es viajar en un ómnibus completo. Mucha gente prefiere sufrir apretones y destrozarse la ropa, antes que esperar.

Aquí, las personas no demuestran tanta prisa; no se camina con esa rapidez que se ve en la Avenida de Mayo o en la Diagonal. En Córdoba, se puede tomar un tranvía con la seguridad de que uno podrá sentarse.

Hemos llegado a nuestro destino. Estamos en una calle estrecha. Al fondo, se divisa la sierra: parece un dibujo.

Papá me dice una cosa rara que yo no entiendo: — Esas montañas del fondo ¿no harán más buenas a las gentes? ¿no las apartarán de los malos pensamientos? ¿no las consolarán en sus dolores?



India de una tribu de Maticos .



10 - Camino de las sierras



MADRUGAMOS porque vamos a salir en auto para la sierra. Anoche, papá, después de consultar un mapa, nos dijo los nombres de los lugares por donde íbamos a pasar: La Calera, San Roque, Cosquín, Valle Hermoso, La Falda, Huerta Grande, La Cumbre. Estos nombres me parecen que prometen bastante.

Papá dice que el camino es muy pintoresco y que vamos a conocer algunos de los puntos más encantadores de la República. Nos desayunamos de prisa. La nena tiene la poca suerte de volcar el café con leche. No se asusten ustedes; no se ha hecho daño. Lo único que hay que lamentar son las manchas del vestido. Como mi hermanita es cuidadosa con su ropa y no le gusta verla manchada, hace un gesto de desagrado.

Ya está todo dispuesto para salir. Nos sentamos en el auto y papá dispone que yo vaya al lado del conductor. Udes. dirán: ¡Qué suerte! Porque resulta más lindo el viaje si veo el camino de frente. Primero, todas las cosas se ven pequeñas; las personas, las casas, los árboles. Poco a poco, se agrandan; pasa un momento más y quedan atrás. Ya ven Udes. que ésta es la única manera de ver crecer, rápidamente, las personas y los animales.



11 - Las serpientes de los caminos



Los caminitos largos y ondulados parecen serpientes que se arrastran. A lo lejos, se ve correr el tren. ¡Qué distinto es el tren cuando uno va en él y cuando lo ve pasar a distancia! ¿Será posible que en aquellos vagoncitos viajen muchas personas cómodamente sentadas? ¿Cómo me verán a mí? Seguramente, del tamaño de Pulgarcito. El camino hace una curva.

Recuerdo los versos que me enseñó la maestra:

“Tienen los caminos
yo no sé qué encanto:
a veces, bordean del monte la falda,
y otras veces, suben del monte a lo alto...”

Junto a los caminos
corren los regatos;
van por los caminos
las yuntas de bueyes tranquilos y mansos,
y los jornaleros
con la azada al hombro y el cuerpo encorvado,
van por los caminos
romeros que esperan el día, cantando...” (1)

(1) “Los caminos”, de C. Delgado Fito.



12 - ¿Les gustaría a ustedes una escuela ambulante?



PASAMOS cerca del dique San Roque; es como un paredón enorme que sirve para mantener las aguas. Algunas veces, había oído hablar de esto pero no me lo imaginaba así. Si las escuelas, en lugar de estar en casas, estuvieran en trenes o en vapores, los chicos aprenderían mucho más. Figúrense ustedes que dice el maestro: —Vamos a hablar del dique San Roque; ahí lo tienen; esto es así o de la otra manera y sirve para aquello o lo de más allá. Sería lindo, ¿eh? Otra vez diría: —Vamos a ver algunos animales salvajes. Hacemos un paseíto a Africa. Nunca se me olvidaría entonces, lo que aprendería del tigre o del león. De paso, podíamos echar una ojeada a los negros y ver cómo algunos se agujerean los labios y la nariz para adornarse. Si la escuela fuera así, nadie faltaría a las clases ni aunque estuviera enfermo. Habiendo tantas cosas curiosas que ver, ningún chico tendría tiempo para enfermarse.

Nos acercamos a una estación perdida en la montaña.

—¿Por aquí habrá escuelas? —pregunto.

—Sí, las hay—contesta papá. Muchos chicos, pa-

ra ir a ella, tienen que hacer verdaderos sacrificios porque viven lejos y los caminos no siempre están en buenas condiciones. La mayor parte de esos niños no han salido nunca de aquí; esto es todo lo que conocen de su patria. No han estado en Buenos Aires, ni siquiera en Córdoba, que está a menos distancia.

¡Qué pena no poder salir uno del lugar en donde vive!



13 - Valle Hermoso



CUANDO nos acercamos a Valle Hermoso, papá dice:

—Es tan delicioso este lugar que antes de pasar adelante, vamos a quedarnos aquí unos días. Aunque a mí no me han preguntado nada, estoy de acuerdo. Me quedo pensando dónde estará el hotel porque yo no lo veo.

Empezamos a ascender por un camino; estamos en el corazón mismo de la sierra. Respiro con fuerza. ¿Han sentido ustedes alguna vez la delicia de respirar, a pleno pulmón, el aire puro de la montaña? Me entran ganas de hacer alguna cosa rara.

Me tiraría del auto y lo empujaría. O treparía a los cerros más altos, cargando yo solo con todo el equipaje. ¿Qué podría hacer para convertirme en héroe por un rato, mientras siento las cosquillas que me producen estas sierras y este aire? Por lo que pueda ocurrir, permanezco quieto, no sea que papá me dé un tirón de orejas.

Vemos, por fin, el hotel. ¡Qué bien se debe vivir aquí!

Ahora estoy más contento todavía porque recuerdo que pronto será mi cumpleaños. ¿Qué les parece? ¡Llegar aquí con 9 años y salir unos días después, siendo un hombre de 10!

Si papá me pregunta qué quiero para mi cumpleaños, la primera vez le diré que nada; la segunda le diré: —Cualquier cosa, papá; lo que tú quieras. Si me pregunta por tercera vez, le pediré una caja de soldaditos de plomo.



14 - Llega mi cumpleaños



ME va a dar trabajo mi cumpleaños. Papá me ordena que aprenda una poesía; es la historia de un soldadito de plomo. No me ha dicho nada más, pero yo creo que si no la aprendo, no comprará los soldados. La poesía es linda aunque larga y difícil; ahí va:

“Mi padre asador, mi madre cuchara;
yo soy soldadito de liviana tropa.
Mi padre asador,
mi madre cuchara de sopa.

Tengo una peana de raíz de brezo;
redonda, no tiene de talón asomo;
tengo una peana de raíz de brezo
y un cuerpo de plomo.

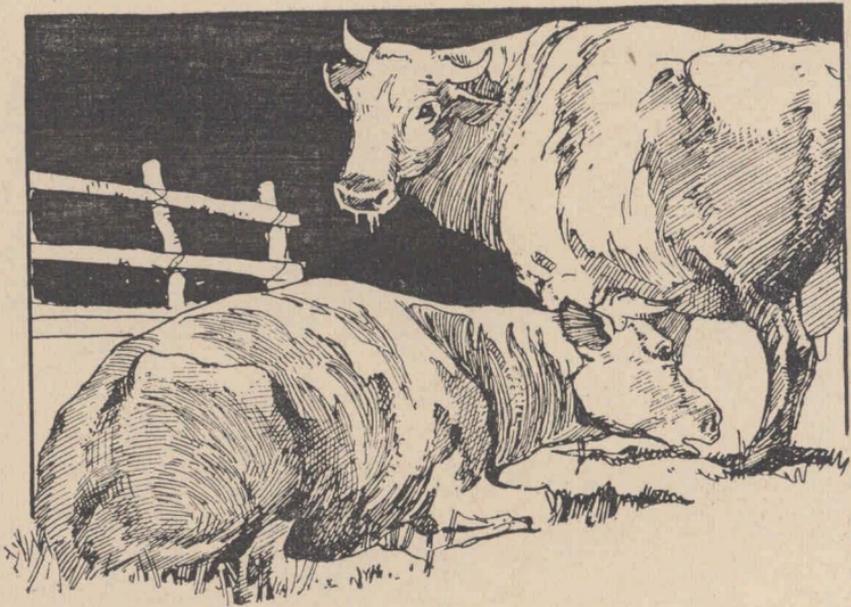
Tengo la barriga pintada de azul
y de hinchada, temo que estalle y me muera;
tengo la barriga pintada de azul
y de rojo la parte trasera.

No me muevo, ni poco ni mucho,
y en el aparador hago centinela;
no me muevo, ni poco ni mucho,
viendo a doña Rata por dónde se cuele.

Y, si andando el tiempo, llego a capitán
tres galones de oro mis mangas tendrán;
y, si andando el tiempo, llego a capitán
me uniré a una muñeca de palo.

Le pondrán sus damas, linda y toda blanca,
su traje de novia, del novio regalo;
y alegres tonadas de clarín oiréis,
como cuando celebran sus bodas
la reina y el rey.” (1).

(1) “El soldadito de plomo”, de Daniel Klingsor.



15 - Un paseo a las Vaquerías



ESTA mañana nos levantamos tan temprano que me volví a dormir mientras me ponía los zapatos. Mamá me dió unos golpecitos cariñosos en la espalda. ¡Si yo pudiera seguir durmiendo! Pero no; ¡fuera pereza, que estamos en la sierra y hay que gozar de la fresca mañana de la montaña!

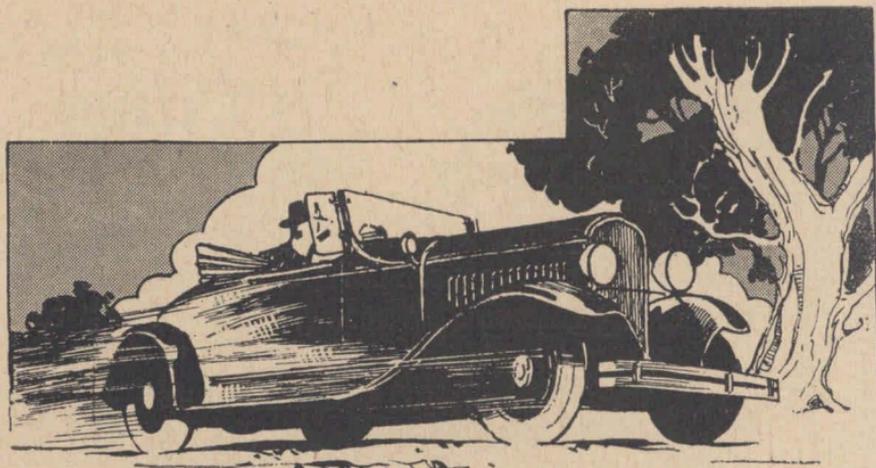
Vamos a las Vaquerías. —Esto de Vaquerías debe tener algo que ver con las vacas, pienso. El camino que une aquel lugar con el hotel constituye unos de los paseos más encantadores que he hecho. Es la primera vez que veo precipicios de cerca, pre-

cipicios de verdad, aunque no puedo decir si son muy profundos porque no me dejan permanecer al borde y mirar hacia abajo.

Vemos el agua bajando lentamente de la roca; bebo. Me parece un licor delicado.

Llegamos a un punto en donde hay varias mesas rústicas pero muy limpias. Allí puede tomarse un vaso de leche espumosa, de vacas gordas, recién ordeñadas.

Al volver, encuentro a un muchacho vestido de harapos, tendido en el suelo al borde del abismo. Se entretiene arrojando piedrecitas al vacío. Me mira un momento; yo no puedo contenerme y le digo: —¡Cuidado, que se va a caer! No me contesta. Hace un movimiento brusco que me da miedo. Repito: —¡Cuidado, que se va a caer! No dice nada. ¿Por qué no hablará este muchachito serrano que se divierte arrojando piedrecitas al abismo?



16 - Se va acabando la tarde



POR los caminos de las sierras circula gran cantidad de ómnibus; mucha gente viaja en estos vehículos desde Córdoba. Al costado de nuestro auto pasan varios; van tan llenos que no cabría una persona más.

Estos caminitos de la sierra parece que invitan a correr. ¿Han corrido ustedes alguna vez en auto, en bicicleta o en coche? Traten de acordarse porque esto es muy serio; por lo menos, habrán conducido un triciclo. Y teniendo delante un camino liso, largo y sin obstáculos, ¿no les ha parecido que había que correr? A mí me pasa eso aunque yo no dirijo el auto. —Más rápido, más rápido— quisiera gritar al conductor —¿no oyes la voz del camino que

dice que corramos más? El auto se apresura bastante pero yo quisiera más velocidad aún.

—Este lugar se llama Los Cocos — dice papá. Van apareciendo ante nosotros, varios grandes y lujosos chalets. ¿Quién será el dueño de éste?

Yo no querría vivir aquí siempre. Es muy hermoso todo esto pero hay demasiado silencio, un silencio tan extraordinario que, a ratos, llena el corazón.

Quisiera jugar con mis amigos y hablar con ellos. Me vuelvo a acordar del muchacho de Valle Hermoso. ¿Serán tan silenciosos todos los chicos de aquí?

Otro palacio. ¿Cuánto tiempo habrán tardado para construirlo? ¿Cuántos hombres se habrán empleado en su construcción?

El atardecer del campo me entristece. Las campanas de la pequeña iglesia de la sierra tocan a oración.



17 - Un recuerdo fresco



Más allá de Capilla del Monte está El Zapato; se llama así una roca que tiene esa forma. Nos entretenemos un rato arrancando cactus que son plantas llenas de fuertes espinas; queremos llevar algunas a la ciudad para plantarlas en macetas.

Papá nos saca varias fotografías.

Este es el único lugar donde he visto que un zapato sea más grande que un chico.

Desde Capilla del Monte regresamos a Buenos Aires. Como ahora viajamos en tren, el paisaje me parece nuevo. Les confieso que ya estaba cansado de correr en auto porque cuando llevábamos cuatro o cinco horas de marcha sentía las piernas dormidas. Tan dormidas estaban que para despertar las hubiera necesitado un despertador.

Pasamos por La Falda: algunos hombres que están en la estación, tienen gorras con nombres de hoteles. ¡Qué raro! ¿eh? ¿Qué querrá decir esto?

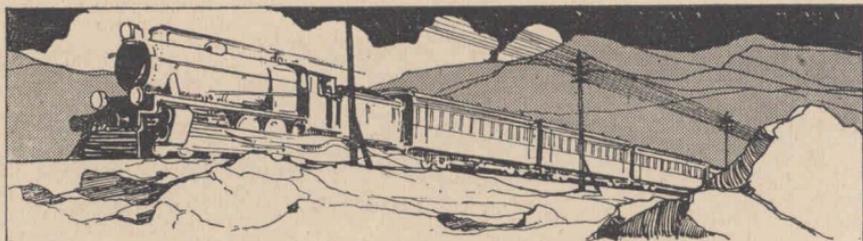
Salimos de Córdoba. Llevo de esta ciudad multi-

tud de recuerdos, muchos agradables, y de algunos creo que no me olvidaré nunca. ¿Pero saben ustedes cuál es mi último recuerdo, el último de todos? Un soberbio helado de crema que tomé en la confitería de la estación.

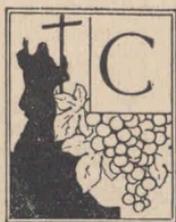


Mendoza





1 - Nos vamos a Mendoza



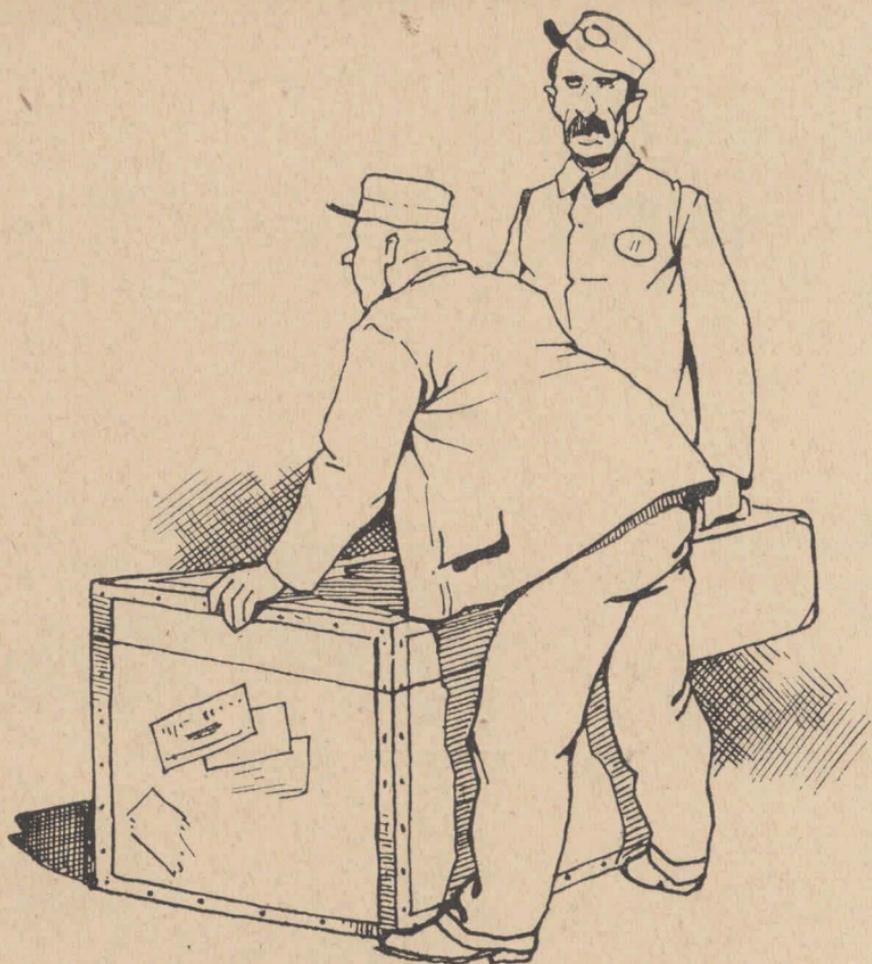
CUANDO llegamos a la estación para tomar el tren que ha de conducirnos a Mendoza, digo en alta voz: —¡Qué feo es esto! La estación parece más vieja y fea de lo que es por estar cerca de la del Central Argentino: ésta es un verdadero palacio.

Así se lo digo a mi hermanita; ella, que es muy ocurrente, contesta: —¿Recuerdas aquel día en que te admiraste de lo bien cuidado que yo tenía mi libro de lectura? De seguro que te acordaste del tuyo y que te pareció más sucio y viejo que otras veces. La escucho con la boca abierta porque esa es la verdad.

Me entero de que de esta estación salen trenes para San Luis, Mendoza y San Juan. Pienso que un ferrocarril que despacha gente para tan lejos tiene la obligación de poseer un hermoso lugar de par-

tida. Creo que mientras los trenes van más lejos, más lindas tienen que ser las estaciones.

Cuando llegue a Mendoza y hable de Buenos Aires con alguien, trataré de no acordarme de mi partida; estoy seguro de que se me ocurrirán cosas más amables y más graciosas si pienso en el palacio del Central Argentino o en la nueva estación del Sud.



2 - El changador



OLVIDÉ contarles una cosa. Diez cuadras, por lo menos, antes de llegar a la estación, empezaron a subir changadores a los estribos del auto. Subía uno; mi papá le decía que no y se bajaba. No sé por qué papá dijo que no a varias changadores; alguna vez se lo voy a preguntar.

Ustedes saben que esos obreros son hombres que se ocupan de cargar los bultos de los pasajeros, transportándolos del coche al ferrocarril o del ferrocarril al coche. Muy bien; al llegar a la estación, papá había dicho que no varias veces a los changadores que subían; cuando el auto se detuvo, se acercaron corriendo otros de aquellos hombres; papá, entonces, dijo a uno de ellos que bajara las valijas. No pude comprender esto: ¿Por qué mi padre se lastimó el cuello para decir *no* tantas veces, si después había de entregar las valijas a un changador para que las llevara? Yo creí que las llevaríamos nosotros.

Veo a muchos changadores que cargan el equipaje de otros pasajeros. No puedo dejar de preguntarle a mi hermanita: —¿Por qué hay la obligación de dar a otro las valijas para que las lleve?

—¡Tonto! ¡Si no es obligación! ¿No ves aquel hombre que carga sus bultos a pesar de que parecen muy pesados?

No contesto, pero reconozco que esta chica sabe mirar mucho mejor que yo.



3 - El trabajo del changador

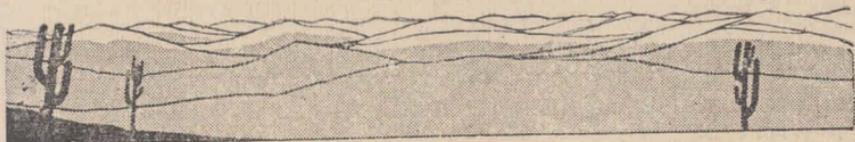


EL changador que lleva nuestras valijas es un hombre anciano que apenas puede cargarlas. Con mucho esfuerzo, echa a andar; entramos en el andén y él deja su carga en el suelo por un momento. Mi papá le indica el vagón en donde debemos entrar. Es un coche dormitorio, es decir, un coche compuesto de muchas piezas chiquitas, con camas. ¡Pero unas piezas tan diminutas que si estuviera seguro de que ustedes no se van a reír de mí, les diría que parecen habitaciones de juguete!

¡Qué cosa tan linda es viajar aunque sea en estos rinconcitos donde apenas pueden moverse dos personas!

El changador deja adentro las valijas; papá saca la cartera y le entrega un peso.

Cuando yo sea grande y viaje, que será siempre que pueda, trataré muy bien a los changadores, les hablaré con palabras amables y pagaré bien su trabajo; además, si son ancianos, yo mismo llevaré una parte de la carga.



4 - El gordo viajero



ESTAMOS impacientes esperando la salida del tren, pero aún falta media hora. ¿Han visto ustedes alguna vez una estación momentos antes de salir un tren que va lejos? ¡Qué movimiento de gente! Cuando nosotros llegamos, el andén estaba despejado; minutos después, apenas si se podía dar un paso porque era mucha la cantidad de gente que entraba.

Después de acomodados los bultos en nuestro dormitorio, empezamos a andar por el andén para matar el tiempo.

Un hombre muy gordo, de esos que pesan una barbaridad de kilos, llega sudando copiosamente, apresurado, buscando el vagón que le corresponde, mientras su changador se dobla bajo el peso del enorme equipaje.

¿Por qué habrá en el mundo hombres tan gordos? De éstos, siempre aparece uno cuando va a salir el tren; yo, por lo menos, he visto uno cada vez que he salido de viaje. Y, generalmente, el gordo viajero llega cuando faltan pocos minutos para la salida: por eso entra apresurado, sudoroso, abriéndose paso por entre los demás viajeros que contemplan, sonrientes y admirados, la enorme mole en movimiento.

Cuando este gordo pasa a mi lado, me salvo milagrosamente de un pisotón; si llega a apoyar sus zapatos sobre los míos, me despido de mis pies para toda la vida. ¡Dios quiera que siempre estén ustedes libres del pisotón de un gordo!

Cuando lo veo entrar en su vagón, siento lástima. Pienso: —¿Cómo va a entrar este hombre en el dormitorio? Pero se introduce, por fin, en la cabina. (Las piezas chiquitas de los coches dormitorios se llaman cabinas). Entró con mucho esfuerzo y sudando más que nunca.

Lo distingo a través de una de las ventanillas. ¡Yo les juro que jamás he visto sudar con más ganas!





5 - Partimos



ALTAN ya pocos minutos para la partida. ¡Qué triste es despedirse! Yo no dejo en Buenos Aires a mis padres ni a mis hermanos, y, sin embargo, se me aprieta el corazón al ver cercana la

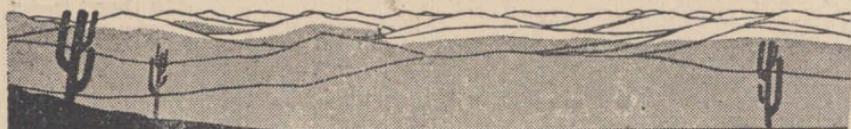
hora. ¿Se han despedido ustedes en alguna ocasión de sus padres o hermanos, para irse lejos? ¿Se han despedido ustedes de un lugar donde hayan vivido algún tiempo?

Yo viajo con personas que quiero mucho, pero me siento triste al dejar la gran ciudad mía. Pienso en lo feliz que siempre he sido en mi querida Buenos Aires, y tengo deseos de llorar. Pero no lloro. ¿Saben ustedes por qué? Porque recuerdo de pronto, que no voy a dejar mi patria; recuerdo que Mendoza es también mi tierra y que los chicos mendocinos sentirán, como yo, el orgullo de ser argentinos.

Pero ¿y los que se alejan de su país? ¿Y los que dejan su patria para siempre? A mí me gusta conocer nuevas tierras pero siempre querré volver a mi patria, tan hermosa y tan querida.

Muchos de los pasajeros se despiden llorando; se aprietan las manos, se abrazan, se dan recomendaciones.

La enorme locomotora bufaba impaciente. Se oyen silbatos de los guardas del tren; el convóy arranca. ¡Hasta la vuelta, Buenos Aires!



6 - El tren en marcha



Y a está en marcha el tren. Tendrá que correr todo el día de hoy y toda la noche, antes de que llegemos a Mendoza. ¿Ven ustedes qué grande es la República Argentina? Aun después de llegar a Mendoza, el tren podría correr mucho y todavía estaríamos en nuestro país.

Me siento al lado de la ventanilla y contemplo el paisaje. Pero ¿es el tren el que marcha hacia adelante o son las casas y los árboles y los campos los que marchan para atrás? No, yo estoy seguro de que es el tren el que corre.

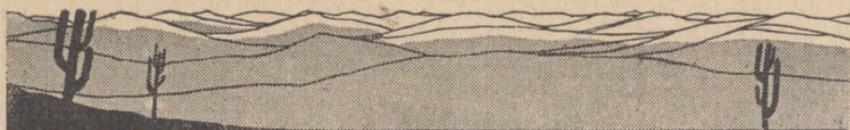
Estamos todavía cerca de Buenos Aires pero ya se ven campos enormes sembrados. De vez en cuando, pasamos una estación sin detenernos; la contemplamos un instante. Parece querer alejarse de nosotros. Miro para atrás y veo dos o tres hombres en la estación: ¡qué pequeños se ven ya! Ahora no son más que dos puntitos. Veán ustedes este milagro que hace el tren: en el instante, convierte a dos hombres en dos puntitos negros.

Entramos en una curva; alcanzo a distinguir los vagones delanteros que van doblando. ¡Debía haber contado los vagones antes de salir!

Un grupo de campesinos nos saludan al pasar:

agitan pañuelos y mueven sus brazos. Pienso un momento en estos hombres que trabajan la tierra, que siembran y que recogen.

De pronto, suenan unos golpecitos en la puerta de nuestra cabina; mi papá me manda abrir. Entra un hombre de uniforme gris.



7 - El guarda del tren



MEJOR dicho, entran dos hombres. A uno de ellos ya lo conozco: es el camarero. El otro es el guarda.

Este es algo así como el jefe del tren en marcha: entre otras ocupaciones, tiene la de revisar los boletos. Papá muestra los nuestros que el guarda marca con una maquinita muy sencilla que lleva para eso.

Desde la caída del sol, estos empleados llevan en la mano un gran farol que sirve para hacer señales al maquinista. Con un trozo de género durante el día y con el farol por la noche, señalan al maquinista el momento de partir de una estación; usan también un silbato.

No crean ustedes que por ser jefes de los trenes, los guardas pueden hacer lo que quieran. Tienen ellos también, sus jefes que se llaman inspectores, los cuales están encargados de vigilar la tarea de aquéllos.

En un viaje largo como éste, los guardas piden los boletos cada cuatro o cinco horas. ¡Qué fastidiosos! ¿No los han visto una vez ya? Le preguntaría esto a mi papá, pero no me atrevo porque está muy entretenido leyendo un diario.

Entra el inspector; también él quiere ver los bo-

letos. ¿Qué tendrán estos boletos que todo el mundo los quiere ver? No me extrañaría que de repente, parara el tren y viniera el maquinista a pedirlos también.

No me puedo contener más; pregunto:

—Papá, ¿cuando nos acostemos nos harán levantar muchas veces para pedirnos los boletos?

—No te preocupes — contesta mi padre; — nos dejarán dormir tranquilos.

El inspector es un hombre tan gordo como el gordo de antes, por lo menos. Daría la mitad de mi camiseta de foot-ball por ver al inspector reclamando el boleto al viajero gordo. Porque a gorgo por viaje, pase; pero dos gordos en el mismo tren me parece un abuso.



8 - Llegamos a una estación



EL tren se detiene después de dos horas de un correr continuo. ¿Dónde estaremos? Miro por la ventanilla: sólo se ve el campo desierto. Salgo del dormitorio al pasillo para mirar por la ventanilla opuesta; tampoco encuentro ninguna razón para que hayamos parado. ¿Será que hay que esperar el paso de otro tren? No lo sé.

Me conmueve un poco el silencio del campo. ¿Han reparado ustedes alguna vez en él?

El tren avanza de nuevo pero no quiere correr. Ahora sí entramos en una estación; volvemos a parar. Hay mucha gente; de seguro que no todos son viajeros. Unas cuantas personas suben al tren pero otras que se quedan, ni siquiera han venido para despedir a los que se van. Habrán venido a vernos pasar.

Un chico harapiento me mira con ojitos tristes, como diciendo: —¡Qué felices ustedes los que pueden viajar! Recuerdo que, otras veces, me ha parecido ver alegría en los que se van y tristeza en los que se quedan. ¿Por qué será?

Algunos chicos pregonan diarios y revistas. ¡Pobres niños, obligados a ganarse la vida! ¿Podrán viajar en alguna ocasión? No, apenas ganarán para comer.

Algunos vendedores de frutas ofrecen su mercancía a los viajeros asomados a las ventanillas.

Vamos a salir. ¡Qué tristeza tan grande hay en los ojitos del chico harapiento!



9 - Señores, ¿van a comer?



DE pronto, siento un apetito muy grande. Ya no veo campos sembrados ni sin sembrar, puntitos negros ni blancos en las estaciones. Pienso que si en este momento estuviera frente a un jugoso bife con papas, no me cambiaría por nadie en el mundo. ¿Por qué se almorzará a las 12 aunque uno tenga hambre a las 10? Esto no lo he entendido nunca. ¿Lo entienden ustedes? Pasa un rato; yo no digo nada.

Vacas y terneros pacen en el campo. Me comería entero uno de esos lindos terneritos. Sé que me daría mucha lástima matarlo; sé que lloraría porque es una pena hacer daño a un pobre animal. ¡Pero si ustedes supieran qué hambre la mía! Cierro los ojos y me parece que me como el ternerito después de enjugarme las lágrimas y de pedirle disculpas.

—¿Tienes apetito? — dice de repente, papá.

Me pongo un poco colorado temiendo que comprenda que, en este momento, soy capaz de comerme un ternero y, de postre, una casa de turrón con torre de merengue. Respondo: —¡Ps...! — como si estuviera desganado, porque estar desganado me parece más cortés y más fino.

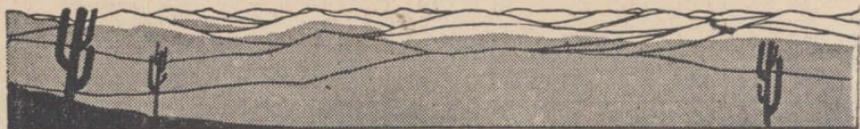
Papá sonrío; cuando él sonrío como ahora es que ha adivinado lo que pasa. ¡Qué se le va a hacer!

—Pronto comeremos — dice papá.

En este momento se oye una voz, seguida de varios golpecitos en la puerta: —Señores, ¿van a comer?

Me dan ganas de contestar: —¿Qué le importa a usted?, pero me contiene esta finura que me sale de tan adentro y que ustedes ya habrán observado.

¡Qué curiosa es la gente! No contentos con pedirnos los boletos a cada instante, quieren averiguar ahora si comeremos o no.



10 - Mozos equilibristas



Si ustedes no han comido nunca en el restaurant de un ferrocarril, no pueden tener idea de lo delicioso que es. Piensen en un comedor que corre. ¿Habrá nada más agradable que tomar la sopa a un buen trecho del lugar en donde comimos el fiambre?

El comedor ocupa la mayor parte del vagón quedando un lugar reservado para la cocina. Las mesitas están alineadas a un lado y a otro, dejando un pasillo en el medio, suficientemente amplio para que los mozos puedan ir y venir con comodidad.

¡Cómo me gustaría ser mozo! Pero veo ahora que no; es mucho trabajo servir la comida y tener que recoger los platos y fuentes de las mesas. Además, hay que ser equilibrista; llevar una bandeja de platos y vasos a lo largo de un vagón de ferrocarril debe ser tan difícil como andar sobre el alambre.

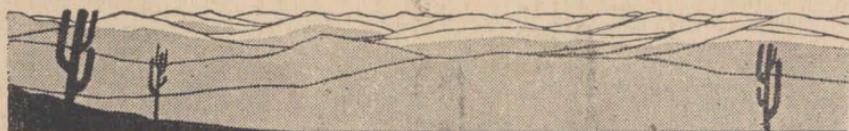
Al querer llenar un vaso, vuelco el agua de la jarrita; es ahora cuando comprendo que algunas co-

sas son sencillas unas veces y difíciles otras, según cómo y dónde las hagamos.

Pasa un puente largo.

¡Qué obras tan extraordinarias son capaces de hacer los hombres!





11 - Ya se ve Mendoza



os levantamos al amanecer porque vamos a llegar temprano y queremos ver el paisaje cercano a la ciudad.

La vista que se ofrece a nuestros ojos nos deja mudos de admiración.

Viñedos enormes, de plantas de la misma altura, se extienden por todo el espacio que alcanza a divisarse.

—¡Qué riqueza enorme representan estos campos! — dice papá.

Si ustedes pueden viajar alguna vez, visiten Mendoza. ¡Verán cuántas cosas nuevas!

El tren sigue corriendo. La máquina silba de vez en cuando y ese estrépito me pone contento; también la máquina debe estar contenta al arrastrar los vagones por tierras tan hermosas.

Entramos en una calle. Los viajeros se asoman a las ventanillas.

A un lado y a otro de la calle, hombres, mujeres y chicos están a las puertas de sus casas; algunos nos hacen señas con las manos. Será que nos dan la bienvenida.

¡Qué calle tan larga es ésta! Me parece que el tren marcha muy orgulloso, pavoneándose por traer gente de tan lejos.

Vamos deteniendo la marcha. Se ve, lejana, la Cordillera de los Andes. Estos primeros cerros, ¿estarán tan cerca como parecen? Miro por la ventanilla hacia adelante; la calle por donde vamos termina en un caserón negruzco.

Nos levantamos para poner las valijas en el piso. Entramos en la estación; se detiene el tren.

Estamos ya en Mendoza, la tierra en donde preparó San Martín su gran expedición, ciudad de uva y de vino, de acequias y de alamedas, ciudad bella y heroica.



12 - Me gusta la ciudad



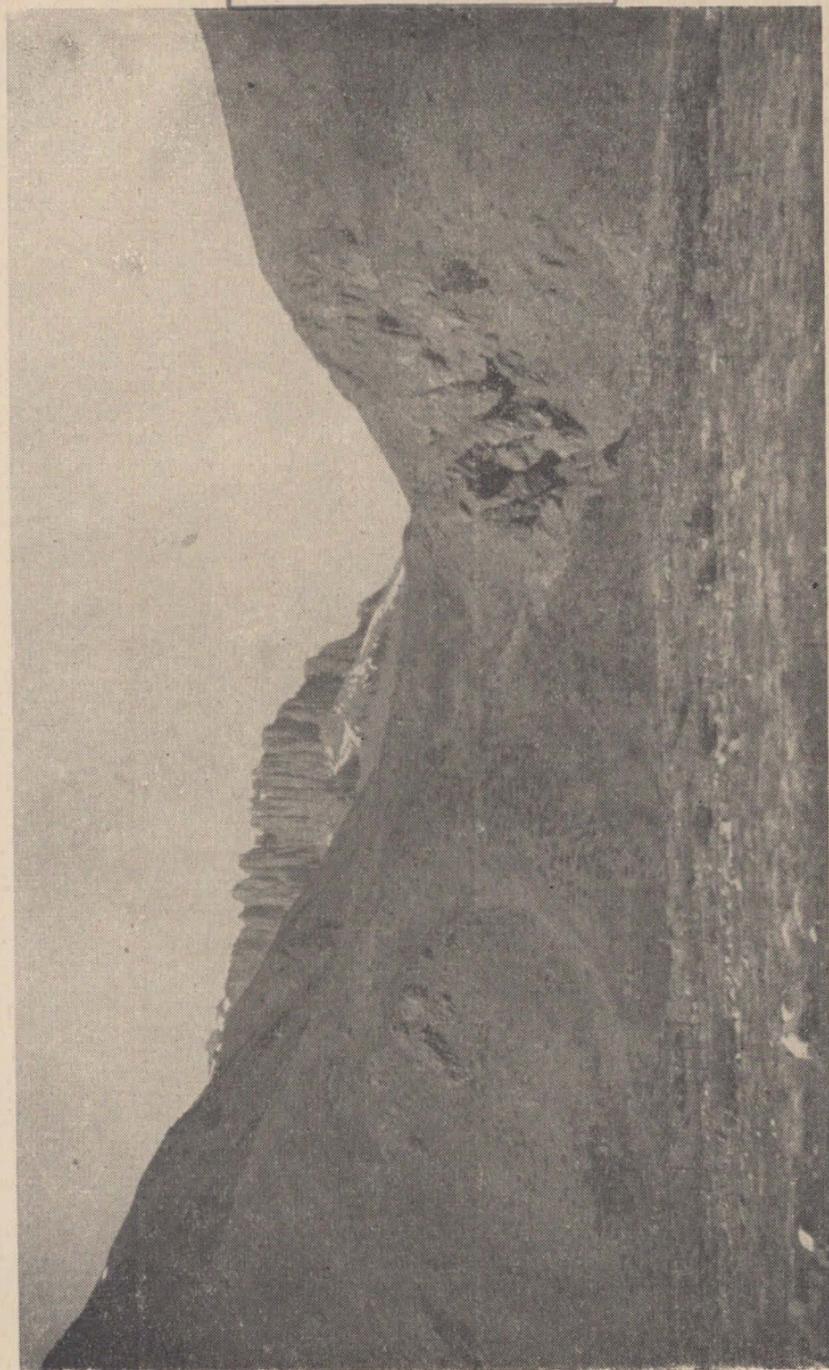
EN Buenos Aires, se ven muy pocos coches; para encontrar uno hay que ir a las estaciones o a la puerta del Zoológico. Y es seguro que el que encontremos será de la época de Mari-Castaña. Pero en Mendoza, los coches son muchos, tantos como los autos aunque yo no los he contado.

Tomamos, pues, uno de estos coches que debe llevarnos al hotel. ¿Será verdad que estamos corriendo por una calle mendocina?

Alineados a lo largo de las veredas, se ven árboles frondosos. ¡Qué fresca sombra deben dar estos árboles en las horas de fuerte calor!

¿Han caminado ustedes por el campo? ¿No han buscado la sombra de un árbol contra el cansancio y el sol? ¿No es verdad que muchas veces, un árbol es un buen amigo? Árboles amigos que parecen los de las calles mendocinas, no sé por qué. Al pasar, he visto las acequias; siguen la misma línea de las veredas. Algunas están secas; por otras, corre un humilde hilito de agua.

Vemos una plaza muy bien cuidada; nos entera-



Los Penitentes.

mos de que es la plaza San Martín. En el centro, observamos la figura del general a caballo, sobre un pedestal de roca.

Papá me señala algunos edificios: el Banco de la Nación, otro Banco, el Teatro Municipal.

Cerca está nuestro hotel.

Hemos llegado; bajamos. Tengo sed; tomo dos vasos de agua helada.



13 - La Alameda



OR la tarde, salimos a pasear a la Alameda; así le dicen aquí a la calle San Martín que es la principal de la ciudad. En las cuadras céntricas, esta avenida está llena de negocios; algunos de ellos, por lo lujosos, me recuerdan a los de Buenos Aires. ¡Ay! ¡Qué lejos está Buenos Aires!

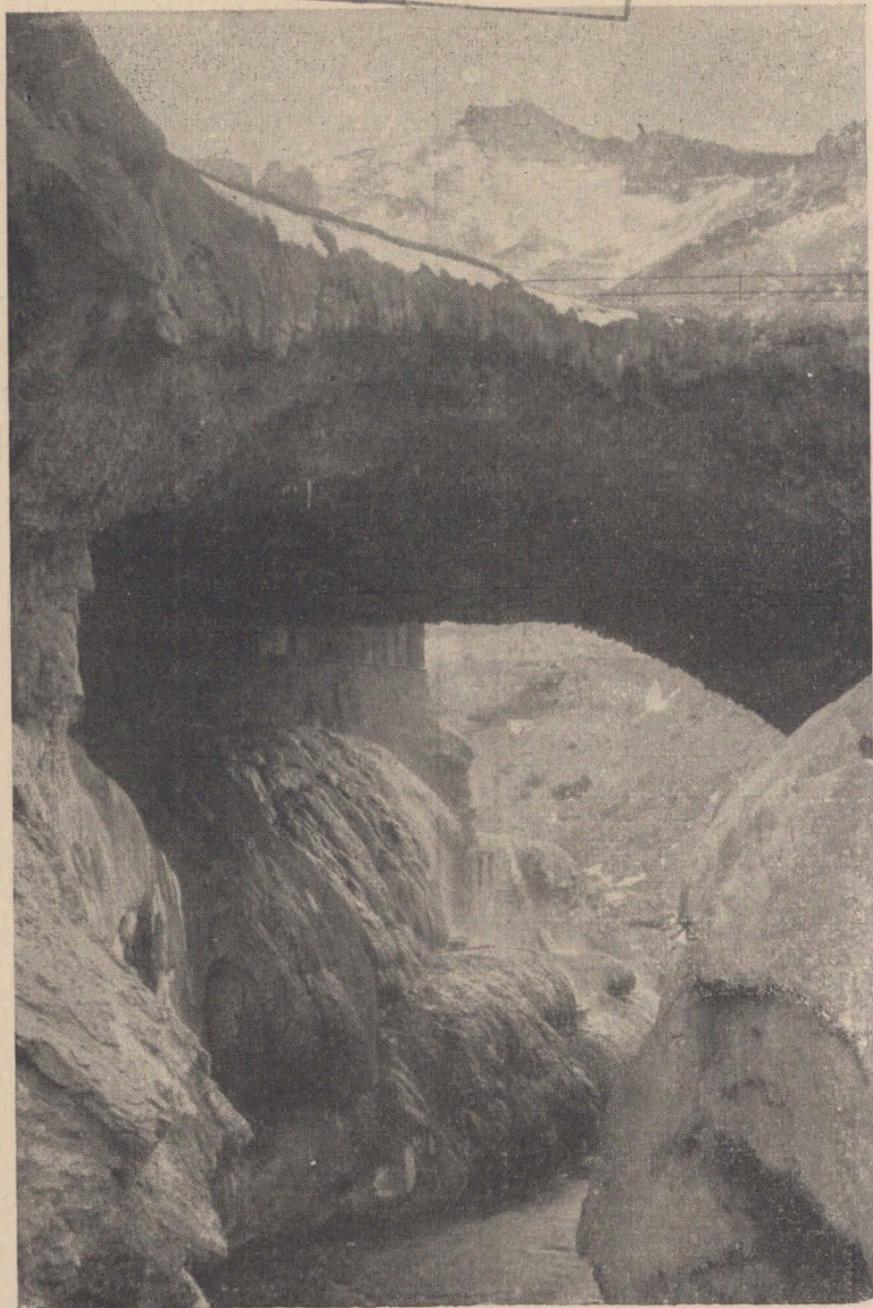
Más allá del centro, en ambas direcciones, se encuentra la verdadera Alameda poblada de árboles gigantescos; algunas veces, las copas son tan grandes que se mezclan con las de la vereda opuesta, formando deliciosos arcos verdes.

Aunque circulan por allí muchos autos, coches, camiones, carros y tranvías eléctricos, el tráfico nunca es tan grande como en las calles céntricas de Buenos Aires.

¿Ven ustedes que tan lejos de la capital de nuestro país hay otra ciudad argentina grande y hermosa? ¿Han pensado ustedes esto?

No solamente Mendoza; otras ciudades argentinas: Rosario, Córdoba, Mar del Plata, Santa Fe, Paraná, Tucumán y muchas más están llenas de comodidades y se puede vivir en ellas tan bien como en Buenos Aires.

Las acequias de la Alameda llevan en algunos tre-



Puente del Inca.

chos de la calle, fuertes corrientes de agua que pueden arrastrar fácilmente a una persona.

Volvemos del paseo cuando se encienden los focos eléctricos. Me gustaría tener algunos amiguitos mendocinos porque ¡tengo unas ganas de jugar a la pelota! Me acuerdo de esto porque en una calle cercana veo a varios chicos jugando.

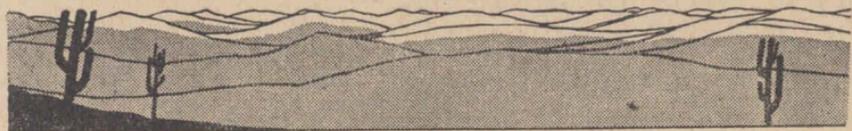
¿Se enojará papá si le pido que me deje jugar con ellos? ¡Cuánto me acuerdo esta tarde del team que formábamos los chicos de mi barrio!



Mendoza. — Camino automovilístico a Villavencio.



Panorama cordillerano.



14 - El muchacho que riega la calle



ESTE muchacho que riega la calle está descalzo y tiene recogido el pantalón a media pierna. Lleva en la mano un palo que termina en un balde por uno de sus extremos. Como la acequia de esta calle está bien provista de agua, el muchacho llena su balde y arroja el agua a la calzada.

Yo contemplo su trabajo. Me parece que está cansado. Siento deseos de charlar con él.

Deja de regar un momento para descansar y se apoya en el palo.

—¿Está cansado? — le pregunto.

—¿Qué voy a estar! Si esto no es nada...

Yo pienso: Este chico debe ser tan fino como yo y también su finura lo obliga a mentir.

—¿Usted es de aquí? — le digo.

—No, de Luján.

—¿Y dónde está eso?

—Aquí cerca. ¿No ha visto unos ómnibus amarillos en la plaza? Esos van a mi pueblo en media hora.

El muchacho parece que canta porque tiene una tonadita al hablar.

—¿Y es lindo Luján?

—Más lindo es Mendoza.

Entonces, él me pregunta:

—¿Y usted de dónde es?

—De Buenos Aires.

—¡De Buenos Aires! Lindo aquello, ¿no?

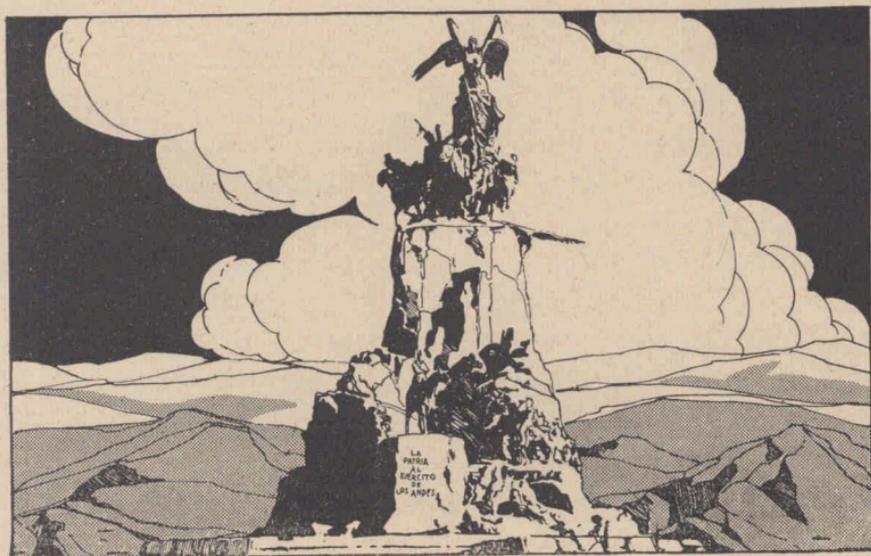
—Sí, pero esto también.

Se pone otra vez a regar. De vez en cuando me mira, se asegura un poco su sombrerito de ala levantada y sonrío. Sus ojos me echan una mirada de amigo.

Creo que no me olvidaré nunca de este muchachito criollo que riega las calles de Mendoza y que ha nacido en Luján (1).



(1) Observe el maestro que se trata de Luján de Cuyo.



15 - El Cerro de la Gloria



EN el fondo del Parque, se levanta el Cerro de la Gloria. ¿Por qué se llamará de la Gloria? Un chico con quien converso a veces, me dice que hace unos cuantos años hubo un gran desfile militar al pie del cerro. ¡Qué lástima no haber estado yo! A mí me gusta mucho ver los desfiles y en Buenos Aires no pierdo uno.

Esta mañana bien temprano, tomamos un coche y marchamos en dirección del Cerro de la Gloria. La pendiente es suave y ascendemos sin dificultad. El camino es amplio, como para que suban dos vehículos al mismo tiempo.

Vemos una curva; seguimos confiados porque para bajar hay otro camino, de manera que todos los coches y autos que suben siguen la misma dirección. Ya estamos a una altura considerable. ¡Si tuviera ahora en mis manos un sandwich de jamón y otro de queso!

Seguimos el ascenso. A nuestros pies, se extiende la ciudad. Advertimos los barrios humildes de los alrededores, casitas seguramente muy pobres, ranchitos criollos que albergarán a familias trabajadoras. ¿Cómo vivirá toda esa gente?

¡Tengo unas ganas de un refresco! Si volvemos aquí, no me olvidaré de traer varios sandwiches y una botella de agua fresca. Llegamos, por fin. En la cima del Cerro se levanta un monumento majestuoso dedicado a la memoria del Ejército de los Andes. ¡Ahora comprendo por qué se llama de la Gloria este Cerro!



16 - Recuerdo de dos temblores



EN Mendoza, hay terremotos de vez en cuando; me lo han dicho, yo no los he presenciado. Debe ser interesante ver que la tierra se estremece y se agrieta.

Aunque me da algo de miedo pensar en los temblores; qué bien estaría poder decir que he visto uno! Vamos a suponer que a mi alrededor las gentes chillan buscando refugio para ponerse a salvo; el piso se abre; los cielorrasos se desploman. Con qué orgullo les diría yo mientras ustedes escuchan maravillados mis hazañas: ¡Ven

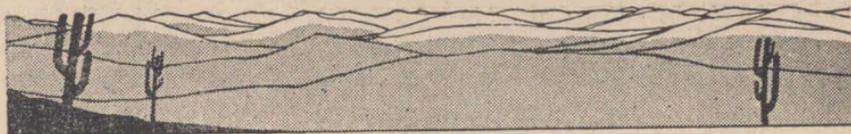
este chichón? No es nada; un trozo de cornisa. ¿Qué les parece esta magulladura? No tiene importancia; es el recuerdo de un golpe que sufrí al salvar a un chico que sus padres habían dejado olvidado en un rincón.

Pero yo no miento casi nunca y les digo sencillamente que no he presenciado ningún temblor.

Hace muchos, muchos años, un terremoto violentísimo destruyó la ciudad casi entera. Todavía pueden verse algunas ruinas.

Un Jueves Santo no muy lejano, otro terremoto produjo considerables perjuicios; muchas casas quedaron destruídas y algunos edificios céntricos de importancia sufrieron serios trastornos.

Si mientras yo estoy en Mendoza hubiera un temblor de tierra ¡qué linda cosa para contarla después! Bueno, pero que sea suave. ¿Me entienden ustedes? Yo desearía un terremoto en broma.



17 - Las bodegas



ASAMOS un día en Maipú. Maipú es un pintoresco pueblecito situado a veinte minutos de la ciudad. Hacemos el viaje en auto. Este chauffeur que nos conduce se parece mucho a alguien que yo conozco. ¿Pero a quién?

En el trayecto, nos pregunta si hemos ido a Villavicencio; mi papá contesta que no. El conductor dice que no debemos dejar de ir allá porque es un lugar muy pintoresco de la montaña; en Villavicencio, están las fuentes naturales de la famosa agua mineral.

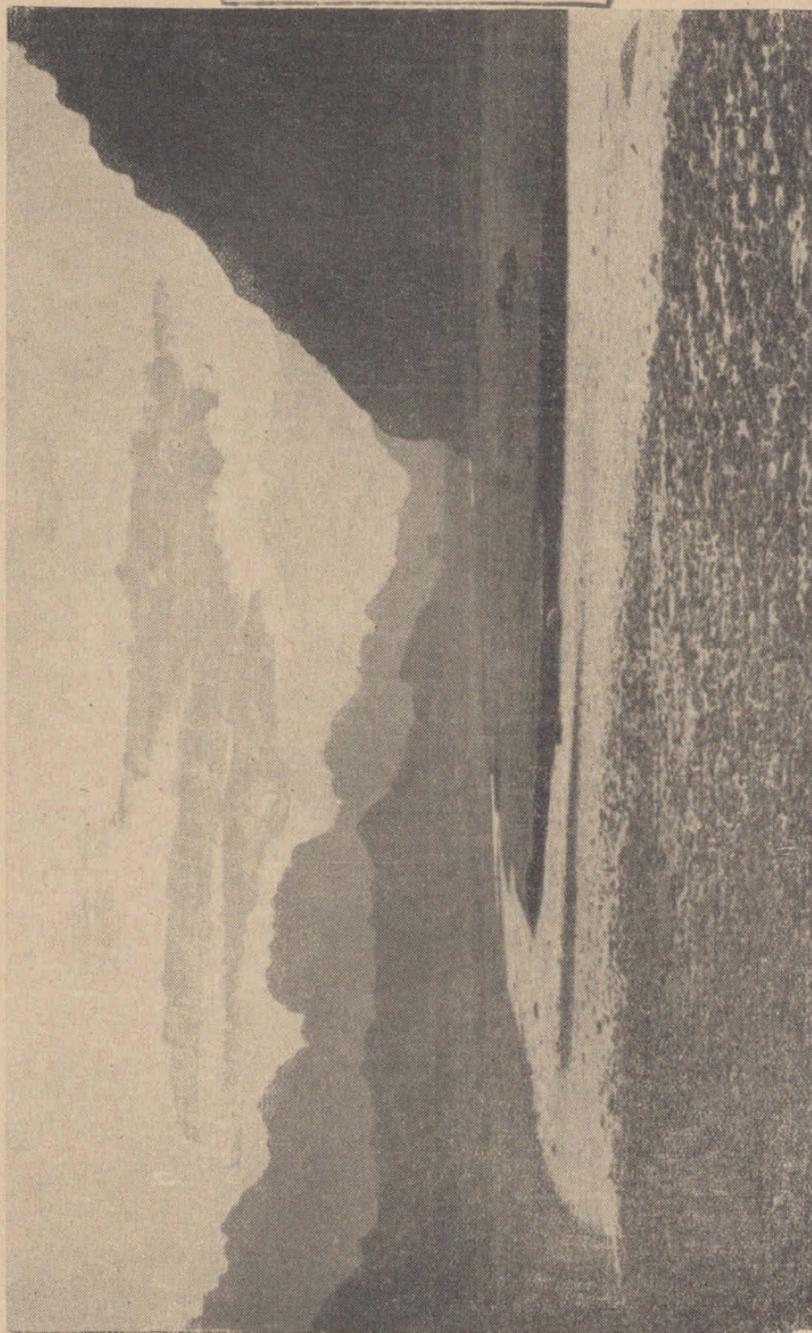
Vuelven de nuevo a presentarse ante nuestros ojos los campos enormes plantados de vid.

En Maipú, hay célebres bodegas. Allí preparan los vinos y los envasan mandándolos después a todos los puntos del país. También San Juan es una provincia argentina rica en uva deliciosa.

Pero, ¿a quién se parece el chauffeur? Yo lo he visto muchas veces conduciendo auto y montado a caballo, galopando en un animal amigo de hacer cabriolas.

Comemos en Maipú. ¡Qué bien se come en el campo!

En la estación, vemos cargar de uva un tren; vie-



Río Mendoza, en las proximidades de Uspallata

ne envasada en canastos dobles, apropiados para eso. ¡Cuántas veces habrán comido ustedes uva de Mendoza!

Al atardecer, volvemos. Estoy cansado y me duele un poco la cabeza.

Me acuesto un rato y me pongo sobre la frente un paño humedecido en agua.

Siento que estoy mejor. Duermo un poco y sueño.



18 - Camino de Cacheuta



DE la estación de Mendoza sale el tren para Chile. Es un ferrocarril chiquito, de trocha angosta. En él viajamos hasta Cacheuta que es una estación argentina visitada por mucha gente durante el verano. Este lugar posee manantiales de aguas termales que los médicos recomiendan para baños; tiene un clima agradable y un hotel lleno de comodidades. El viaje es muy pintoresco porque la montaña hace variado el paisaje.

De pronto, me pasa una cosa rara: la vista continuada de la montaña me cansa; me siento tan pesado como si las rocas estuvieran sobre mí.

Pasamos un túnel; para hacerlo, los hombres han tenido que horadar los montes. El tren queda a oscuras por un momento.

En Cacheuta, disfrutamos de un día muy agradable haciendo excursiones a pie por los hermosos alrededores.

Poco antes de volver, vemos la llegada de una cabalgata: son veraneantes que salieron a caballo por la mañana.

Al atardecer, nos instalamos de nuevo en los cómodos asientos del Trasandino. ¡Qué paz la de este



Mendoza. — Puente natural del Inca (nevado).



Deportes de invierno: en Puente del Inca.

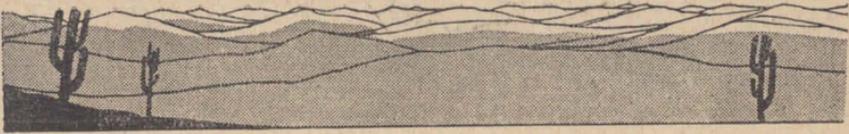
sitio! ¡Qué chiquito me siento esta tarde al contemplar el sol que se oculta tras los cerros lejanos!

De repente, me dice la nena:

—¿De qué te ríes?

—¡Si no me río!

Les confieso a ustedes que he mentido, pero he mentido por vergüenza porque, ¿cómo iba a decir delante de mi padre que el chauffeur que nos llevó a Maipú tenía la cara de Tom Mix?



19 - Los pueblos



HE conocido muchos pueblos mendocinos. He visto las calles polvorientas de Godoy Cruz, Maipú, Luján, San Martín, La Paz. Ya me he familiarizado con el paisaje de esta tierra y me parece que vivo aquí desde hace mucho tiempo.

Tengo que confesar que de uno de esos pueblos conservo un recuerdo desagradable. No puedo precisar en qué ocasión, rogué a mi padre que pidiera en cualquier parte un vaso de agua para mí. Entramos en una tienda; nos atendió una persona extraordinariamente amable. Pronto llegó el vaso de agua; desgraciadamente, era agua turbia en un vaso sucio. ¿Qué había de hacer? No podía rechazarlo porque me lo ofrecieron con una cortesía muy grande y yo no quería parecer grosero. Era necesario apurarlo. ¡Tenía una sed tan terrible! Cerré los ojos y pensé que algunas veces nos vemos obligados a tomar cosas que no nos gustan. Tomé aquella agua.

Si en alguna oportunidad cometo una falta grave, estoy seguro de que papá me perdonará de todo corazón al recordar aquel vaso de agua que me vi obligado a tomar en un día de calor sofocante.



20 - La bandera en el cielo



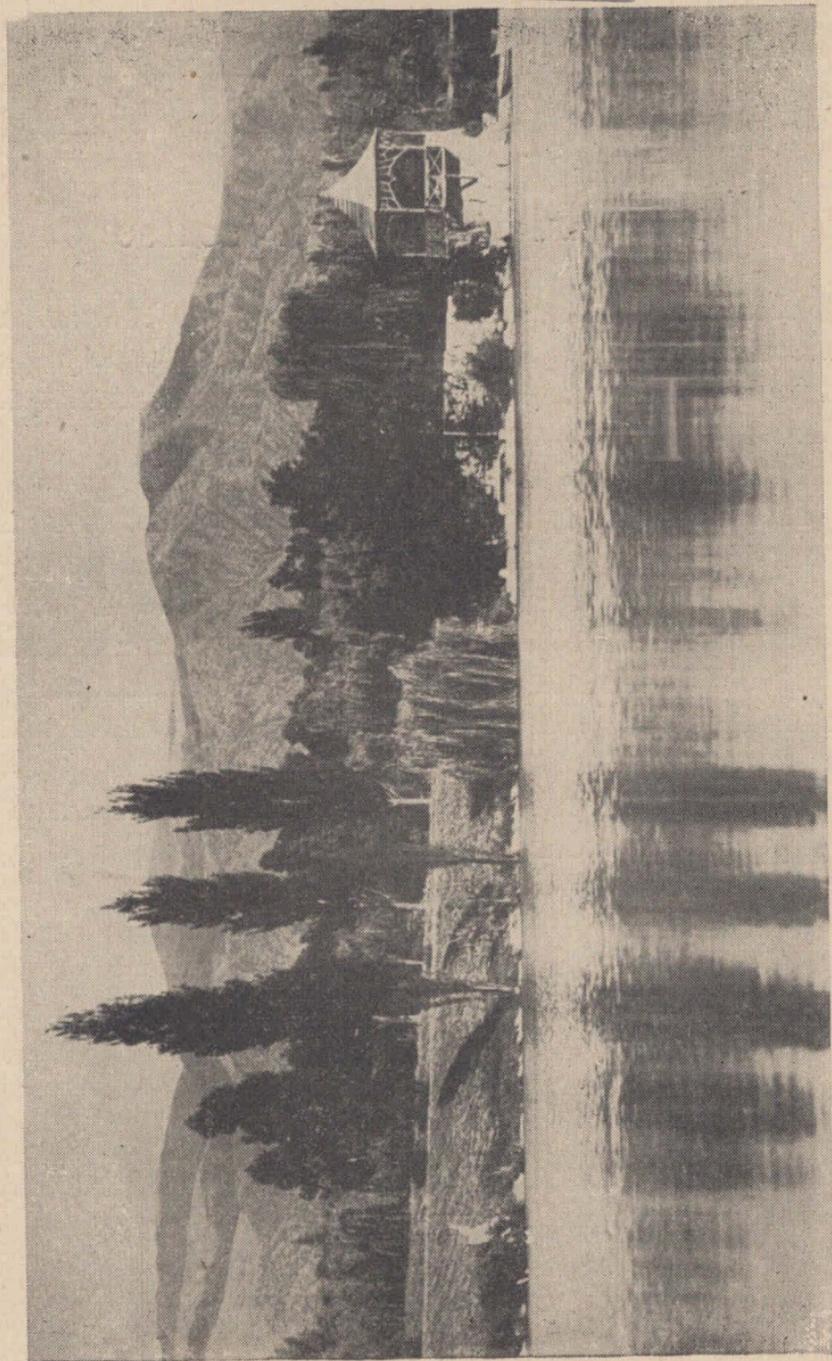
QUEL día era uno de los últimos que pasaríamos en Mendoza; el momento de la vuelta se acercaba. Papá había determinado que no saldríamos de casa porque él tenía que dedicarse a escribir sus cartas. Pedí permiso para bajar a la puerta y entretenerme con la vista de la calle. Poca gente pasaba; empecé a aburrirme. ¡Si viniera a regar mi amigo, el muchacho de Luján! Pero no vino. Miré hacia arriba. Una nube en forma de franja larga y ondulada formaba con el azul del cielo la representación perfecta de la bandera de mi patria. ¿Por qué nunca habré visto esto en Buenos Aires?

Yo me he emocionado siempre que he visto la bandera, por ejemplo, en las fiestas de mi escuela o en los desfiles del 25 de Mayo y del 9 de Julio, pero jamás tanto como entonces.

Después, he pensado que también Belgrano debió mirar atentamente el cielo; porque no hay ninguna bandera que tenga la hermosura de la bandera del cielo.

El dibujo duró un rato. Parecía ondear a impulsos de un viento suave.

¡Nunca quise tanto a mi patria como aquel día, nunca la sentí tan adentro de mi corazón!



Lago de regatas en el Parque del Oeste.



21 - Hay que despedirse

Esta tarde emprenderemos la vuelta a Buenos Aires. Teniendo grandes deseos de volver a pisar las calles de mi ciudad, siento tristeza al pensar que debo dejar Mendoza.

Por la mañana, hago mi último paseo. No abro la boca pero con los ojos, me despido de mis amigos los árboles de la Alameda; tengo la ilusión de que agitan sus ramas diciéndome adiós. Quizás no vuelva aquí nunca más y este pensamiento me apena. Pienso que he venido a esta Alameda mendocina muchas veces, casi diariamente y me parece que ya es algo mía.

Cruzo la plaza. Los carteles del Teatro Municipal anuncian una función; me pongo a leerlos como si hubiera salido de casa expresamente para eso.

¿Por qué la ciudad no estará tan alegre como otras mañanas? Salimos.

Adiós, Mendoza. ¡Aun no te has perdido en la lejanía y ya tengo deseos furiosos de verte otra vez!



22 - Canción del árbol



La rama que planto en este agujerito (1) será con el tiempo todo un arbolito; tendrá muchas hojas llenas de rocío y sus altas ramas pobladas de nidos, y será un gran árbol este árbol mío.

Y al llegar la noche muchos pajaritos buscarán sus ramas temblando de frío; pasarán la noche acurrucaditos, y al llegar el día, alegres y activos, cantarán un poco como agradecidos. Prestará su sombra allá en el estío, a los caminantes y a los viejecitos, y en las vacaciones vendré seguidito a regarlo mucho y a verlo un poquito; ¡nos haremos grandes yo y el arbolito!

Tomás Allende.

(1) Dé el maestro, en la explicación o comentario, el correcto agujerito.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MENDOZA



Mendoza. — Panorama. Monumento: Cristo de los Andes.

Paraná

*Rosario*

*Santa Fe*





1 - Me siento curioso



ESTOY conversando con papá; ustedes saben que me gusta hablar con él porque siempre enseña algo su conversación. Nunca me canso ni me aburro de escucharlo. Alguna vez, he pensado que mi papá debía ser maestro porque sabe cosas muy interesantes, y las explica con tanto gusto y claridad que se entienden en seguida. Me está mostrando un mapa y dice:

—Sabes que dentro de unos días iremos a Paraná; quiero que veas aquí el camino que vamos a recorrer.

Con la punta del lápiz, va señalando en el mapa:

—Fíjate bien — me dice. — ¿Notas alguna cosa rara en esto? — pregunta.

Para mí, todos los mapas están mal hechos y, por lo tanto, no son muy de mi agrado, pero trato de fijarme bien en lo que tengo delante. No veo nada de particular. Sigo mirando.

—No veo nada, papá.

Yo creo que si no me dolieran las muelas ahora, vería algo.

—Pero observa bien, hijo. Esto es la provincia de Buenos Aires; aquí está el Río de la Plata, aquí el Paraná. Repara en este punto que es la ciudad de Paraná, porque ahí tenemos que llegar.

Ahora veo clarito; parece que se hubiera encendido un fósforo dentro de mi cabeza. Un trecho del camino es por tierra; después, hay que atravesar un río.

—Un momento, papá. ¿Vamos a ir en tren o en vapor?

—En tren.

—No se puede ir en tren — digo yo, abriendo la boca como un papanatas.

—¿Y por qué no se puede?

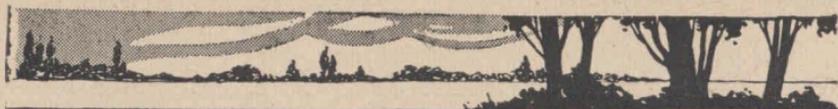
—Porque hay que cruzar el río.

Digo esto seguro y triunfante porque sé que los trenes no pueden echarse al agua para nadar.

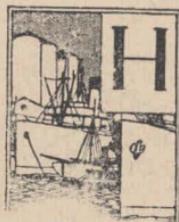
Papá me mira sonriendo, y dice:

—Pues iremos a Paraná en tren y verás cómo cruzamos el río sin salir del vagón.

¿Será esto posible? Nunca me he sentido tan curioso. ¡Les aseguro que tengo un dolor de muelas!



2 - El ferry-boat



HAN ido ustedes en alguna oportunidad a San Martín para visitar el Colegio Militar o para cualquier otra cosa? ¿Conocen Campo de Mayo? ¿Han estado en Lourdes?

Para ir a cualquiera de estos puntos, se sale de la estación Federico Lacroze, en Chacarita; de allí parten también los trenes que van a Paraná.

Aquí estamos, en Federico Lacroze, a la vista del ferrocarril que nos llevará a Entre Ríos, haciendo el milagro de correr por las aguas un buen trecho.

Miro detenidamente los vagones y la máquina buscando algo que permita explicar el milagro, pero no acierto. Son vagones, sí, señor, y no peces ni barcos. ¿Se habrá burlado papá de mí? No lo creo, porque yo lo conozco y sé cuándo habla en broma y cuándo habla en serio.

Al arrancar el tren, mi curiosidad crece más todavía.

—Papá, ¿y el agua?

—Ya llegará; no te apures.

Han pasado diez minutos.

—No veo el agua, papá.

—Mira — oigo que me contesta; — cuando observes la llegada a una estación que se llama Zárate, avísame.

Me acuerdo de un chico de la escuela que ha nacido en Zárate.

—¿Y falta mucho para llegar allí?

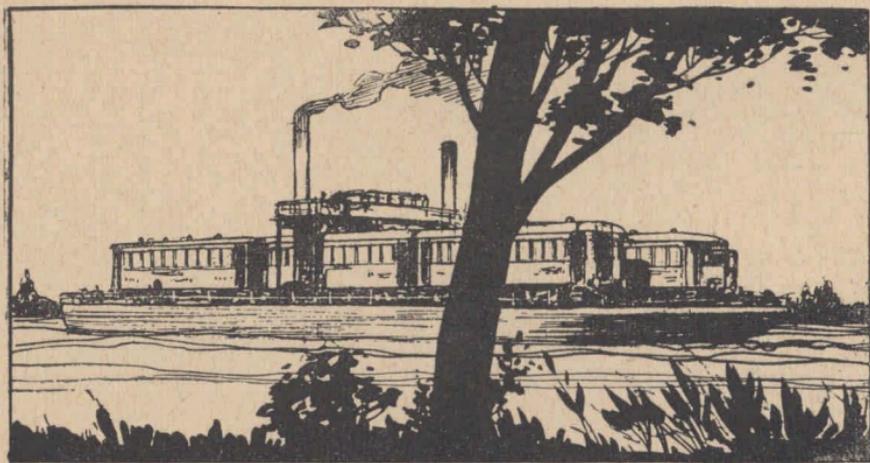
—Todavía falta.

De pronto, hago un gesto y pregunto:

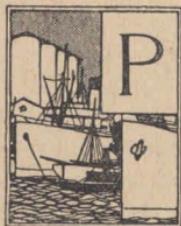
—¿Hay dentistas en Paraná?

—¡Cómo no va a haberlos! ¿Por qué lo dices?

—Dime, papá, ¿tú te pondrás triste si supieras que a tu hijo le van a sacar una muela que le duele?



3 - Se descubre el secreto



POR fin, descubro el secreto. Cuando dejamos atrás la estación de Zárate, el tren empieza a hacer unas maniobras raras. Papá contempla mi extrañeza, pero no pronuncia una palabra.

Ante nosotros, se extienden las aguas del río. Los vagones van entrando en una barcaza con rieles, de manera que estamos en tren y en barco al mismo tiempo. Es el barco el que nos va a llevar a la otra orilla, dándonos el primer empujón por tierras de Entre Ríos.

Me quedo tranquilo y tan satisfecho como, sin duda, quedó Colón cuando descubrió América; me parece que he realizado un trabajo pesadísimo.

Las aguas están tranquilas. Recuerdo el día de

la tempestad en Mar del Plata y el miedo que sentí entonces.

Vamos navegando suavemente. Papá me enseña que esto se llama *ferry-boat*. ¡Qué palabra rara!, ¿no? Pero es justo que las cosas extrañas tengan también extraños nombres. No me van a decir ustedes que eso de viajar al mismo tiempo en tren y en vapor es algo que se ve todos los días.

Desembarcamos en la orilla opuesta. Los rieles de la barca se ajustan a los de la tierra. Tardamos un rato en salir porque para embarcar, el tren tuvo que repartirse en tres secciones. Ya estamos corriendo de nuevo.

—¿A que no me nombras un general argentino que haya nacido en Entre Ríos? — pregunta papá.

—No sé.

—El general Urquiza.



4 - Una ciudad simpática



A linda ciudad por donde paseo está situada sobre el río Paraná; en un tiempo, fué la capital de nuestro país. Era durante la presidencia del general Urquiza, argentino y entrerriano.

Cruzamos la plaza de Mayo y conozco el solar en donde estuvo la casa del general.

Tomamos un tranvía. En Paraná, el tranvía está al cuidado de un hombre nada más; no hay guardas ni boletos. Cuando el coche se detiene para que subamos, la puerta se abre sola; por lo menos, a mí me parece así. Entramos por la única puerta que existe, la delantera; entonces, hay que introducir la moneda en un aparatito que está al lado del conductor. Me gustan estos tranvías porque son más divertidos que los de Buenos Aires.

Vamos en dirección al Puerto. A medida que nos alejamos del centro de la población, la edificación se hace más humilde.

Pasamos por un parque.

—¿Qué es esto, papá?

Antes de que él responda, dice un pasajero que está sentado cerca de mí:

—Es el Parque Berduc.

Entramos en un pintoresco camino en cuesta; el tranvía corre velozmente. En el puerto, se ve mucha gente admirando las hermosas líneas de un vapor nuevo. Me entero de que el lindo barco viaja a Asunción; se llama “Ciudad de Corrientes”.



5 - Recorremos la ciudad y sus alrededores



UN amigo de papá, que tiene un hermoso auto, viene a buscarnos para que recorramos la ciudad y sus pintorescos alrededores. Nos cuenta que la provincia de Entre Ríos tiene tantos y tan buenos caminos que en auto pueden visitarse cómodamente casi todas sus poblaciones. Entramos en la Avenida Rivadavia en donde se levantan amplios edificios modernos.

—La Escuela Centenario — nos dice nuestro amigo, señalándonos una gran construcción. — Esta escuela no tiene nada que envidiar a las mejores de Buenos Aires.

En el fondo de la Avenida, se halla el Parque Urquiza; bajamos un momento frente a la estatua ecuestre del general. Me extraña que se vean muy pocas personas paseando.

Desde el Parque, se domina la vista del río que se extiende a sus pies; algunos botecitos recorren las aguas tan tranquilamente que parecen no tener apuro por llegar a su destino.

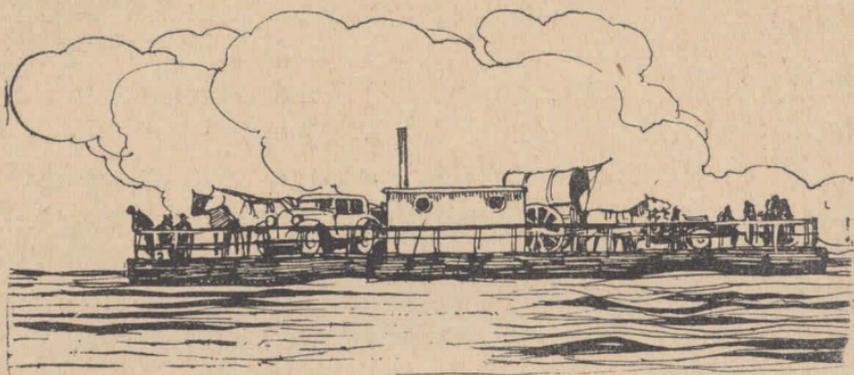
Volvemos al centro para salir en seguida de la ciudad. Tomamos velocidad, invitados por el camino despejado y por un vientecillo agradable que nos obsequia la tarde que termina.

Vemos varios grupos de soldados.

—Aquí — explica nuestro acompañante — hay tropas de ingenieros y un cuerpo de aviación. También reside en la ciudad el comandante de la tercera división del Ejército Argentino.

El camino baja de pronto para volver a subir. Contemplamos un paisaje de suaves ondulaciones que adquieren tintes extraños en la penumbra que avanza.

Cuando volvemos a nuestro alojamiento, pienso que desearía ver estos campos al amanecer. Entonces, a la hora del alba, yo despertaría la tierra dormida con la bocina del automóvil.



6 - La balsa



LA ciudad de Santa Fe está también sobre el río Paraná pero en la ribera opuesta, de manera que para ir allá hay que cruzar el río. Los que viajan entre Paraná y Santa Fe pueden hacer la travesía en vaporcitos que recorren el trayecto en una hora y media más o menos. También hay balsas; éstas conducen a su bordo no solamente personas, sino también toda clase de vehículos.

A las 8 de la noche salimos de Paraná, embarcando en la balsa con rumbo a Santa Fe. Con nosotros, viene nuestro amigo; él va a su estancia y nos pide que nos quedemos acompañándolo en el campo durante unos días.

Me distraigo viendo entrar en la balsa varios automóviles particulares, dos o tres carros y un camión.

Empezamos a navegar. Nos situamos en la parte alta de la embarcación donde hay distribuídos algunos bancos para los pasajeros. Se ven las luces de la ciudad que abandonamos. Como la noche está clara, se divisan los contornos de las barrancas del río. Pasa a nuestro lado una veloz lanchita; sus ocupantes nos saludan agitando las manos. ¡Qué buena debe ser esta gente y qué atenta, porque saludan a los que no conocen!

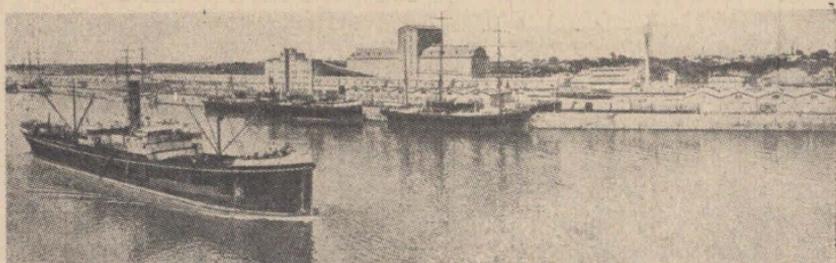
Después de un rato, nos levantamos y bajamos a caminar un poco. Al pasar por la pieza de las máquinas, nos aturde momentáneamente el ruido que producen.

En un saloncito con cómodos asientos, vemos algunos pasajeros; casi todos los hombres leen libros o diarios. Las mujeres conversan; hay una que mira fijamente las aguas del río por una ventanita ovalada.

No siempre es tan tranquilo este río; cuando agita sus aguas, es terrible.

Ahora pasamos entre una doble hilera de barcos. Algunos de ellos son viejos y no deben ser muy seguros cuando el río se embravece; otros, son de tan fina silueta que los adivino corriendo velozmente.

Ya se ven las luces de Santa Fe, pero aún falta un rato de marcha. ¿No les ha pasado a ustedes creer que una cosa está cerca y convencerse después, que se habían engañado?



7 - Rápida recorrida de noche



ESTAMOS en el puerto de Santa Fe. La balsa aminora la marcha. Parecería que las máquinas, después de rudo trabajo, se aprestan a un descanso merecido. Los pasajeros, aglomerados y sin perder de vista sus equipajes, esperan que se pueda descender.

Desde la orilla oímos voces de hombres que llaman a alguien. ¿A quién? Me explican que son changadores que buscan apresuradamente, un cliente entre los viajeros.

Hay que caminar un trecho antes de encontrar auto; nuestro amigo dejó el suyo en su casa de Paraná. ¡Qué chiquito es este auto! Apenas cabemos; los demás que pueden verse no son más grandes. Recuerdo los lujosos taxímetros de Buenos Aires; papá me dice que en ninguna ciudad del mundo los coches de alquiler son tan hermosos como los de allí. Aquí, en Santa Fe, como en Paraná, se ven



Esperanza (Pvcia. de Santa Fe). — Monumento a la Agricultura.

lindos automóviles particulares y, en cambio, parece que nadie se preocupa mucho de los otros.

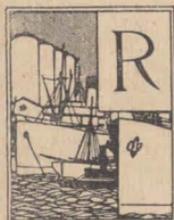
Por una amplia avenida, llegamos al centro. Las calles están profusamente iluminadas y circula mucha gente por ellas. Vemos grandes edificios: Bancos, Hoteles, Teatros, Cines. Los cafés han instalado en las aceras multitud de mesitas en donde se sientan los parroquianos. Hay un bullicio tan grande que la ciudad parece de fiesta.

¡Cómo corre este auto! El conductor tiene una destreza extraordinaria; acabamos de pasar entre un coche y un tranvía que dejaban el espacio justo para nosotros.

Llegamos a nuestro alojamiento. Hace calor.



8 - Elogio del alfajor santafecino



RECUERDAN ustedes que hablando de Córdoba, les dije algo de los alfajores cordobeses? Son tan tiernos y sabrosos que, al pensar en ellos y ver que ahora no puedo comerlos, casi se me saltan las lágrimas. Si no me aflijo demasiado es porque acabo de conocer los alfajores de Santa Fe. Son una delicia: tan quebradizos que uno los mira con fijeza y se deshacen. ¿Y saben por qué los miro fijamente? Para que comprendan que son míos y que me los comeré sin remedio. Pero los miro de esa manera cuando están a mi alcance y estoy seguro de que nadie puede quitármelos. En cambio, si los veo en la vidriera de una confitería los contemplo con amor y con algo de pena. Los hay de todos tamaños: grandes, como para una familia de padre, madre y catorce hijos; medianos, chicos y otros tan chiquititos como para esos nenes que no saben decir más que “ajó”.

Ahora recuerdo que al hablar de Mendoza, me olvidé de decirles alguna cosa de los alfajores mendocinos. Si se da cuenta algún mendocino, me pega por mi falta de memoria. Aquéllos también me gustaron tanto que si no los pedía a todas horas del día y de la noche, era porque no me agrada ni que me digan goloso ni morir de indigestión.

¿Qué falta habría que cometer para que a uno lo condenaran a estar comiendo alfajores todo el día?... .

Quisiera ser poeta, sí, señor; no se rían. Entonces haría lindos versos para entretener a los chicos, pero la más almibarada de mis poesías sería en honor de los alfajores, y en ella pondría todo mi corazón.



9 - Campo criollo



VAMOS camino de la estancia de nuestro amigo. Para llegar allí, tenemos que viajar en tren primero, y en auto después. Desde la pequeña estación, cubrimos el trayecto hasta la estancia en tres horas.

Cuando vamos a entrar por la amplia alameda

que se extiende hasta las casas, descubrimos en la entrada un corpulento pino.

—El Pino se llama esto — dice nuestro acompañanté. — Y no es éste un árbol cualquiera; es histórico, hijo del de San Lorenzo.

La casa es grande y cómoda; las habitaciones están amuebladas con sencillez y gusto.



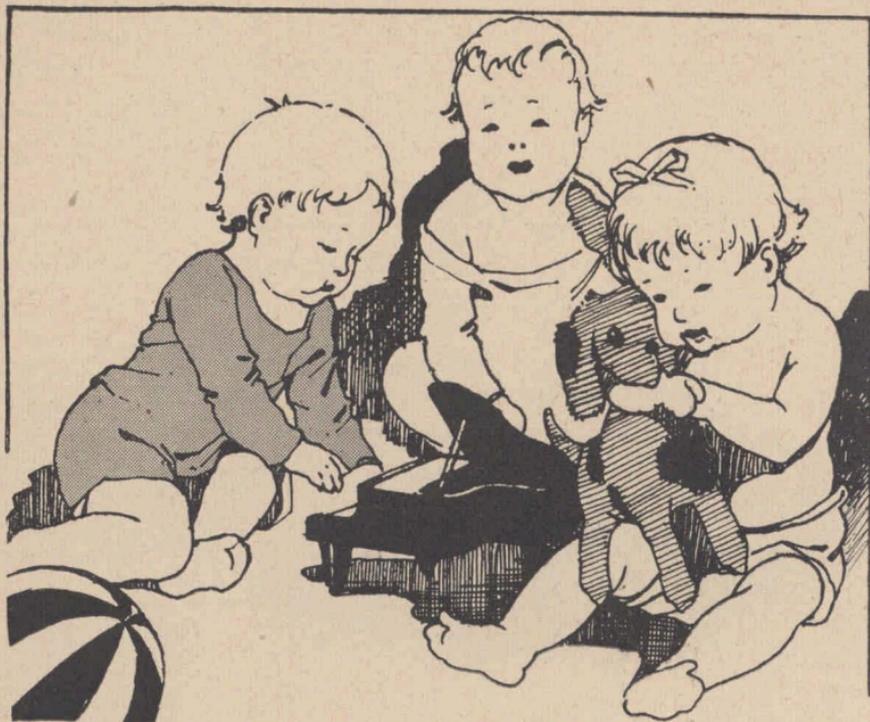
Faenas en un campo de Santa Fe.

Me agradan mucho las mecedoras que veo en la galería abierta; me prometo dormir la siesta en una de ellas, si me dejan, por supuesto.

La mayoría de los peones de la estancia son criollos, gauchos. Son hombres afables y serviciales y

sumamente diestros como jinetes. Tienen una habilidad especial para enlazar animales y, en general, para todas las faenas del campo. Algunos son reseros; se encargan de transportar la hacienda de un lugar a otro.

El campo está dividido en potreros; en uno se siembra maíz, en otro alfalfa, en el de más allá se guardan los animales finos. Pienso ahora en los caballos. No me iré de aquí sin montar un caballito criollo porque quiero convertirme en un buen jinete. A lo lejos, distingo algunas vacas paciendo. ¡Qué triste debe ser nacer vaca y terminar en una carnicería, cortada en rebanadas!



10 - ¡Para qué más!



DESPUÉS de cenar, mamá, papá y el señor amigo conversan. De pronto, se empuñan en que la nena y yo les mostremos que sabemos leer correctamente. Traen un libro. Mi hermanita lee con voz clara esta poesía: (¡Si supieran ustedes qué bien lee esta chica!)

Mirando las vidrieras
los dos pensamos:

¡Quién tuviera esa alfombra
y el cortinado
y ese sillón
y ese anaquel con libros
y ese almohadón!
Revisamos los medios
con que contamos;
y suspirando quedo
los dos nos vamos.
No nos alcanza
para esas regalías:
¡la vida es cara!
Caminito de casa
vamos deseando
llegar junto a los leños
que están chispeando;
porque hace un frío,
capaz de hacer escarcha
con un suspiro...
Anhelosos, llegamos
a nuestra casa;
juegan los tres hijitos
junto a las brasas.
Esto es un nido
donde empluman, jugando,
tres pichoncitos.
Nos reciben contentos
los pequeñuelos;
nos llenan de caricias,
abrazos, besos.
Al fuego hierve
un dulce y aromoso

café con leche.

Se reconforta el cuerpo

y el alma goza

con la blanda tibieza

que en casa flota;

y el corazón

pone en nuestras palabras

santo temblor.

No hay en el mundo entero,

bien comprendemos,

un rincón como éste,

tranquilo y bueno;

no hay, no hay otro

tan querido y tan lindo

para nosotros.

...¿Y el anaquel con libros?

¿En qué ha quedado?

¡Sobraría su lujo!

¿Para qué tanto?

¡Calor de hogar!

¡Amor, risa de niños!

¡Para qué más! (1)

(1) Rosa Graciela Valdés de Miró.



11 - Rosario, ciudad monumental



los dos minutos de estar en Rosario, comprendo que me hallo en una ciudad monumental. Estas calles y estos edificios que veo podrían ser de Buenos Aires; me encuentro como en casa.

Mientras estaba en Mar del Plata, en la sierra cordobesa, en Mendoza o en Paraná, algo me anunciaba la lejanía de Buenos Aires: el mar, la montaña, las acequias o las barrancas del Paraná. Aquí todo lo hallo familiar. Paseo por la calle Córdoba y me parece que estoy en Florida; observo el mismo gentío, los mismos ruidos de radios y fonógrafos expuestos en los negocios, idénticas vidrieras llamativas que atraen a los paseantes con alguna novedad de propaganda.

Vendedores ambulantes pregonan su mercancía, esforzándose tanto por vender que a veces, no es difícil que uno se encuentre rozándole la nariz un peine, un cepillo o alguna de esas baratijas que no sirven para nada.

Se oye el pregón de los diarios. Me llama la atención que se vendan "*La Nación*" y "*La Prensa*" en horas de la tarde; pero recuerdo que no estoy en Buenos Aires y que esos diarios los traen de allí.

En las calles céntricas rosarinas, el tráfico es tan intenso como en la Avenida de Mayo o en la



Escena campestre.



En plena selva santiagueña.

Avenida Alvear. Los chicos nos sentimos más seguros yendo de la mano de papá, porque no es tarea fácil en algunos momentos, cruzar la calzada.

Me detengo extasiado ante una casa en donde hacen empanadas. A través de la gran vidriera, se ven unos hombres con guardapolvos y gorros blancos y muy limpios, preparándolas a la vista del público. Hay muchos curiosos.

Me explica papá que cada provincia argentina tiene su tipo especial de empanada y que Sarmiento, que era sanjuanino, decía que la sanjuanina era la mejor de todas. Pero yo no tengo preferencia; me conformo con una de cada provincia. ¡Y fíjense ustedes que las provincias argentinas son catorce!



12 - En familia



LES he dicho a ustedes que aquí me siento tina en mi casa como en Buenos Aires. Yo creo que si todo me parece familiar es, en parte, porque esta vez no estoy viviendo en hotel ni en casa de pensión. Paramos en casa de mis tíos que nos recibieron con mucho júbilo porque no nos veían desde algún tiempo atrás.

Pi: nso que estando en esta casa, estoy más cerca de la mía. ¿Qué tendrá nuestro hogar que en ninguna parte se está tan bien como en él? Los hoteles siempre me han gustado unos días nada más; después, me aburren las comidas y me parecen chicas y feas las habitaciones. No me agradan esos hogares de todos.

Sé que en Rosario hay hoteles lujosos; he visto en sus entradas porteros de uniforme, y espaciosos automóviles detenidos frente a sus puertas. Pero no lo envidio: nada hay tan lindo en el mundo como el beso de mamá, el tierno colchoncito y el pucherito criollo. ¡Qué triste no tener familia ni hogar!

En esta casa, lo pasamos muy bien. Juego bastante con mi primo aunque también nos peleamos de vez en cuando.

Ahora les voy a explicar a ustedes lo bien educado que soy.

Esta mañana, en el almuerzo, sirvieron empanadas. Yo me vuelvo loco por las empanadas y por todas las cosas ricas. Tuve que conformarme con una; aunque era grande, yo hubiera comido una por cada provincia argentina.

Me preguntaron:

—¿Quieres más?

Yo miré a papá y dije:

—No, gracias; estoy satisfecho.

Pero es seguro que mis ojos decían otra cosa. Decían: —Tráiganme más. ¡He comido solamente la de Santa Fe!



13 - Las banderas



A veces, los chicos tenemos que divertir a los grandes. Mi primo dijo una poesía en la fiesta de fin de curso de su escuela y sus padres quieren que la repita aquí. Yo me echo a temblar, preguntándome: —¿Cuál será la gracia que yo tendré que hacer para divertir a estos señores?

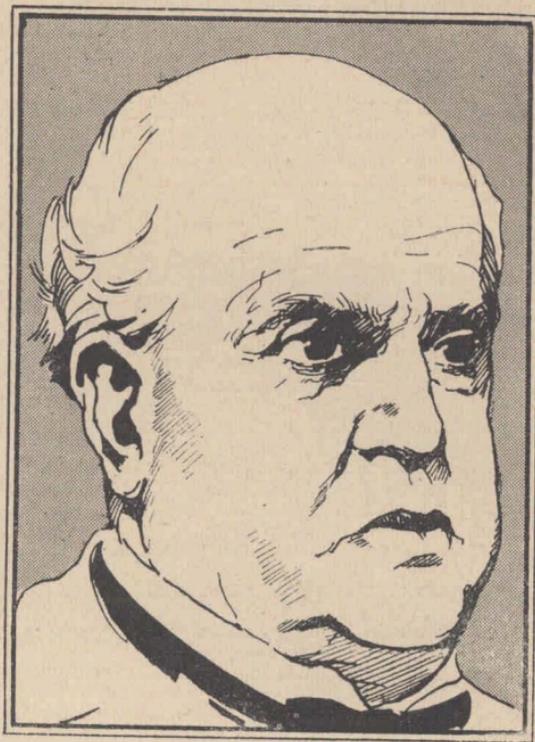
Les voy a copiar la poesía que dijo mi primo. Apréndanla bien porque es muy bonita:

Las banderas de la tierra
todas juntas ¡cuántas son!
No son blancas y celestes
como la que quiero yo.

Unas tienen un escudo,
otras tienen un león,
otras tienen las estrellas,
y la mía tiene el Sol.

¡Viva, viva, viva, viva!
que la mía tiene el Sol (1).

(1) Tomás Allende.



14 - Sarmiento, creador de escuelas



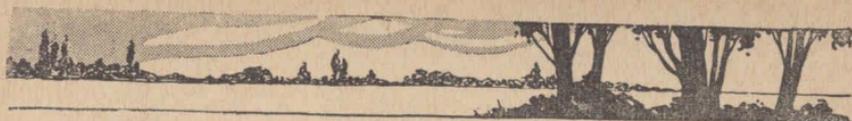
EN Rosario, hay muchas escuelas para chicos y para grandes. Papá dice que hay dos escuelas Normales; allí estudian los muchachos que quieren ser maestros. ¡Qué feo ser maestro! ¿no les parece? Hay que pasarse la vida diciendo: Uno más uno igual a dos, dos más uno igual a tres. Y así, queda poco tiempo para las cosas lindas: jugar y viajar, por ejemplo. Además, para ser maestro

hay que poner la cara muy seria siempre, y yo no podría olvidarme de reír. ¿ Por qué los maestros no reirán mucho con sus chicos ? ¿ No se les pasaría mejor el tiempo ?

Una de estas tardes últimas, entré con mi tío en una escuela Normal; él conoce a la directora. Lo que más me llamó la atención fué el teatro: un teatro de veras, con escenario y un gran espacio lleno de sillas. Yo pensé: ; Cuánto habrá que estudiar para ser maestro! ; Habrá que saber representar? Con razón los maestros saben muchas cosas.

Ahora me voy animando. ; Quién sabe! Puede ser que me decida a ser maestro.

Más tarde, en casa, cuando le conté a papá lo que había visto, se rió de mí sin ninguna consideración. Me dijo que el teatro era para las fiestas de fin de curso y que si quería ser maestro tendría que disponerme a estudiar mucho durante varios años. Después, agregó que nuestro gran Sarmiento es el fundador de la primera escuela Normal de Rosario y que aquel hombre eminente tuvo, a través de toda su existencia, la preocupación por la escuela. Creó muchas y se esforzó porque aprendieran en las aulas todos los argentinos.



15 - El Rápido



EN la estación Rosario Norte está ya dispuesto el tren. Vamos a Buenos Aires. ¡A Buenos Aires!

¡Con qué alegría se debe volver a la patria después de estar algún tiempo lejos de ella! Yo no he estado lejos de la mía y, sin embargo, estoy emocionado al pensar que pronto me hallaré en mi querida ciudad.

Mucho nos enseñan los viajes, pero aunque no nos enseñaran nada, querría viajar siempre para conocer la gran emoción que se debe sentir al volver a la patria.

En algunos vagones, leo un letrero raro: “*El Rápido*”. ¡Un tren que tiene nombre! Se llama “*El Rápido*”, sin duda, por la gran velocidad a que corre.

Saldremos dentro de unos instantes. ¡Cuánta gente viaja!

Pienso en mis amigos, en mi casa, en mi barrio. Pasan ante mi distintos cuadros de las cosas que he visto sin necesidad de salir de mi tierra.

¡Playas marplatenses, sierras cordobesas, viñedos mendocinos, caminos entrerrianos, campos de Santa Fe; vosotros estáis en mi corazón, tenéis todos algo del alma de mi patria; nunca os podré olvidar!

Buenos Aires





1 - Llegamos



SERÁ verdad que pronto estaremos en Buenos Aires?

Nuestro tren se ha detenido una sola vez: en San Nicolás. Allí estuvimos un buen rato. Me entero de que San Nicolás es una importante ciudad de la provincia de Buenos Aires. Está a poca distancia de Rosario, de modo que el viaje entre ambas poblaciones se puede hacer cómodamente en automóvil o en ómnibus. He oído decir que no nos detendremos ahora en ninguna otra estación.

Por momentos, corremos a una velocidad fantástica; los pueblecitos pasan tan rápidamente ante mis ojos que no tengo tiempo de retener nada de ellos.

Como siempre he creído tener una buena vista, me propongo leer los nombres de las estaciones que van pasando. Es esto más difícil de lo que yo creía. Se me ocurre que los grandes letreros se burlan de mí porque antes de que pueda leer lo que dicen, desaparecen sin dejar rastro. A veces, en el apresuramiento, me parece ver un nombre tan raro que es seguro que me he equivocado. Por fin acierto uno: Campana.

—Acabamos de pasar por la ciudad de Campana — dice papá. — Ya estamos cerca.

Estas palabras me llena de alegría. Nunca he pensado tanto en Buenos Aires como ahora. Estoy ansioso por pisar sus calles y sus plazas. Pienso que no conozco mi ciudad a pesar de haber vivido allí muchos años seguidos. ¿No es esto vergonzoso? Casi podría decir que conozco mejor Mendoza, Córdoba o Mar del Plata.

Desde mañana, y hasta tanto empiecen las clases, que será pronto, le pediré a papá que salgamos todos los días un rato. Le explicaré que me parece una vergüenza no conocer bien mi ciudad. Quiero recorrer barrios apartados que no he visto nunca; saber cómo son sus casas y cómo vive la gente en ellas. Y cuando me hablen de Buenos Aires, diré orgullosamente que la conozco como la palma de mi mano.



2 - Palermo



ESTA fresca mañana de domingo los jardines de Palermo me seducen más que otras veces. Encuentro en Buenos Aires una ciudad nueva; hallo en cada cosa un encanto que antes no advertía. Desde la plaza Italia, marchamos lentamente por la Avenida Sarmiento hasta llegar al espléndido monumento de los Españoles. Cruzamos la Avenida Alvear con precaución y pronto nos encontramos en el Rosedal.

Desde lo alto del puente sobre el lago, me pregunto: ¿He visto en mis viajes algo tan delicioso como esto? No sé qué contestar. Hay en el ambiente de Palermo de hoy una alegría desconocida para



Congreso Nacional y Plaza del Congreso.



Monumento a los Dos Congresos y Congreso Nacional.

mí; los colores son más vivos que en otras ocasiones, los automóviles más hermosos, más blancos los cisnes del lago, más brillante el sol.

Recorremos el amplio paseo que bordea el lago. Todos los bancos están ocupados. ¡Qué lástima! Yo querría sentarme y ponerme a contemplar cómodamente la gente que pasea; pero no es posible.

Desearía que papá me ofreciera un paseo en bote por el lago. Sería una linda ocasión para aprender a remar. ¿Les gusta a ustedes remar? Una excursión por estas aguas tan tranquilas sería un buen principio para un chico que quisiera ser marino.

Al volver, pasamos de nuevo por Plaza Italia.

¿Se han fijado ustedes en la boletería del Jardín Zoológico? Tiene ventanas tan pequeñas que es difícil ver la cara del vendedor de entradas. En el portón del Jardín hago un descubrimiento: todavía hay en Buenos Aires, por lo menos, tres coches de plaza.



3 - Las callecitas de los barrios



LAS calles del centro están siempre llenas de ruidos: bocinas, radios, pregones. Son calles lindas para pasear.

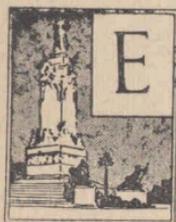
Cuando voy al centro con frecuencia, me acostumbro a ese ruido, pero si estoy varios días en casa y después salgo, vuelvo con dolor de cabeza. Yo no querría vivir en la Avenida de Mayo ni en la Diagonal. Una vez conversé de esto con un chico de la escuela; el me decía que su mayor gusto sería vivir en el piso más alto de la Galería Güemes para contemplar la ciudad desde allí arriba. Yo le contesté que eso sería muy agradable para verlo una o dos veces; pero que, para la casa de uno, nada es comparable a las callecitas con árboles de los barrios. ¿No les parece a ustedes lo mismo? Allí se puede estar bien y no en el centro. ¿Acaso se puede jugar a la pelota o a las bolitas en la Avenida de Mayo?

Y cuando el sol calienta, los árboles de las calles del barrio, que son amigos, se apiadan de los chicos y dan un poco de sombra.

Yo conozco, uno a uno, los árboles de la cuadra de mi casa; y estoy tan acostumbrado a ellos que los quiero y los recuerdo como a buenos compañeros. Ellos no pueden desaparecer. ¡Si alguna vez se los llevaran de aquí...!



4 - Los parques y las plazas



EN estos días últimos, he vuelto a ver algunos parques y plazas; en varios de ellos he encontrado algo nuevo.

En el Parque Chacabuco se han hecho arreglos importantes: veredas, jardines y glorietas. Está tan transformado que apenas puede reconocerse.

El viejo Parque Lezama no lo conocía; horas enteras lo estuvimos recorriendo sin cansarnos. Recuerdo que la tarde que hicimos ese paseo, papá me estaba hablando de la iluminación de la ciudad hace muchos años, cuando él era chico. En las calles y plazas había faroles a gas. Algunas veces, esos muchachos que no gozan más que haciendo daño, se entretenían en romper faroles. Yo pregunté:

—¿Tú nunca rompiste un farol, papá?

Comprendí en seguida que no debía haber preguntado eso. Me dió vergüenza y creo que me puse más colorado que el lápiz que usa el maestro para corregir los deberes.

—No, nunca — oí la voz de mi padre. — Una vez tuve deseos muy grandes de romper uno; no lo hice. Hubiera cometido una falta sin perdón.



5 - El Museo Histórico



EN el Museo Histórico, situado al lado del Parque Lezama, recordé una tarde a las grandes figuras de la historia de mi país. Aquel lugar está lleno de reliquias. He visto la sala de San Mar-

tín, donde se han reunido los objetos que pertenecieron al ilustre Capitán del Ejército de los Andes. Ahora comprendo yo bien lo que significa morir lejos de la patria. ¡Qué sufrimientos tan grandes debió soportar aquel hombre y cuánto debió dolerle la ingratitude de todos aquellos a quienes favoreció!

En nuestra historia abundan los grandes hombres: San Martín, Moreno, Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, Urquiza, Mitre y muchos más. Papá me dice:

—Todos ellos contribuyeron a la grandeza de la patria. Hagamos nosotros lo mismo en la medida de nuestra capacidad, y la República Argentina será así, cada día, más rica y más hermosa por el esfuerzo de sus hijos.

INDICE

	Pág.
Sentido humano y didáctico de este libro	III
MAR DEL PLATA	3
1—¿Les gusta a ustedes la Geografía?	4
2—Mi uniforme de mar	5
3—Sol que se vende y que se compra	7
4—Como se llena una valija	8
5—¿Cómo será Mar del Plata?	9
6—Hoy hace frío en Mar del Plata	10
7—Miro el mar	11
8—El bañero	13
9—Mi primer baño	15
10—Sandwiches y empanadas	17
11—Nochebuena en Mar del Plata	18
12—Está lloviendo y me cuentan lindas historias	20
13—El mar con cara de pocos amigos	22
14—Encontramos un cuadro que nos recuerda una página gloriosa de nuestra historia	24
15—Canastitas de paseo	26
16—Gente que se divierte pescando	28
17—¿Quieren Udes. ser marinos?	29
18—Al borde del agua	30
CORDOBA	31
1—El trabajo de tender una cama	32
2—Tengo un nuevo amigo que probablemente, no veré nunca más	34
3—Un sueño que empieza muy bien pero que no acaba tan bien	36
4—¿Cuántos alfajores se comería Ud.?	38
5—Repican cien mil campanas	39
6—El Zoológico cordobés	40
7—Recordamos la casa histórica de Tucumán	42
8—¿Para qué sirve la Gloria	44
9—Los barrios lejanos	46
10—Camino de las sierras	48
11—Las serpientes de los caminos	49
12—¿Les gustaría a Udes. una escuela ambulante?	50
13—Valle Hermoso	52
14—Llega mis cumpleaños	54

	Pág.
15—Un paseo a las Vaquerías	56
16—Se va acabando la tarde	58
17—Un recuerdo fresco	60
MENDOZA	63
1—Nos vamos a Mendoza	64
2—El changador	66
3—El trabajo del changador	68
4—El gordo viajero	69
5—Partimos	71
6—El tren en marcha	72
7—El guarda del tren	74
8—Llegamos a una estación	76
9—Señores, ¿van a comer?	78
10—Mozos equilibristas	80
11—Ya se ve Mendoza	82
12—Me gusta la ciudad	84
13—La Alameda	87
14—El muchacho que riega la calle	91
15—El Cerro de la Gloria	93
16—Recuerdo de dos temblores	95
17—Las bodegas	97
18—Camino de Cacheuta	100
19—Los pueblos	103
20—La bandera en el cielo	104
21—Hay que despedirse	106
22—Canción del árbol	107
PARANA, SANTA FE, ROSARIO	109
1—Me siento curioso	110
2—El ferry-boat	112
3—Se descubre el secreto	114
4—Una ciudad simpática	116
5—Recorremos la ciudad y sus alrededores	118
6—La balsa	120
7—Rápida recorrida de noche	122
8—Elogio del alfajor santafecino	125
9—Campo criollo	127
10—¡Para qué más!	130
11—Rosario, ciudad monumental	133
12—En familia	136
13—Las banderas	138
14—Sarmiento, creador de escuelas	139
15—El Rápido	141
BUENOS AIRES	143
1—Llegamos	144
2—Palermo	146
3—Las callecitas de los barrios	149
4—Los parques y las plazas	151
5—El Museo Histórico	152

